

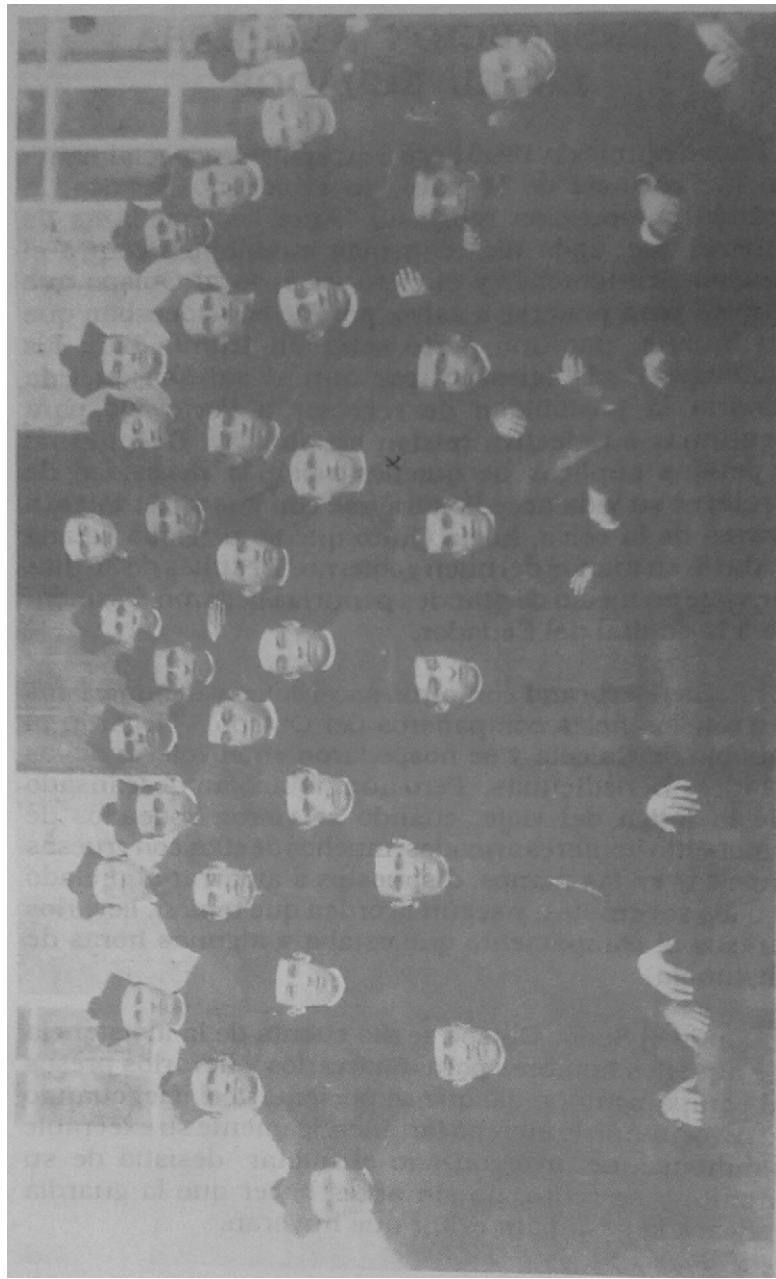
PRÓLOGO

Un deber de gratitud es el Imperativo que lleva a “Espigando Recuerdos” a dedicarle el No. 5 al Cofundador de la Congregación. Padre Reinaldo Herbrand, quien a lo largo de 30 años fue el sabio y santo orientador espiritual, el guía insustituible, el amigo leal y desinteresado de la incipiente Congregación de Franciscanas de María Inmaculada. El bienestar espiritual de las Religiosas, la preparación de buenas maestras, el crecimiento y extensión de la Congregación que con justa razón llamó suya, constitúan para él su primordial tarea.

La Madre Caridad encontró en el Padre Reinaldo el consejero en el que podía confiar, porque en ambos urdía el mismo celo por su propia santificación y la de las religiosas, por la extensión del Reino de Dios y por dar a los establecimientos educativos que fundaron el sello característico de una formación integral donde se conjugaran la capacitación académica con una sólida vivencia cristiana, a lo que hay que añadir el celo por la formación humana en todos los niveles que fue para ellos una gran preocupación.

No se puede concebir la obra de la Madre Caridad sin el apoyo constante y eficaz del Padre Herbrand. Su máximo deseo y por el que trabajó incansablemente fue la aprobación de la Congregación y de las Constituciones, y tuvo el consuelo de celebrar con las Hermanas, antes de su muerte, el feliz acontecimiento de la obtención en 1922 del “Decretum Laudis; y en la tierra no pudo disfrutar de la aprobación definitiva habrá sido un gran intercesor en el cielo para alcanzar de la Sede Apostólica, tan anhelado favor.

La Congregación por estas y múltiples razones debe al Padre Reinaldo Herbrand el tributo imperecedero de amor y veneración.



El Padre Herbrand con sus compañeros de ordenación 1894

DATOS BIOGRÁFICOS

Entre los documentos históricos que atrae más la atención de un lector puede mencionar la autobiografía porque nadie más indicado que el mismo protagonista para dar a conocer los acontecimientos que marcan el devenir de su propia existencia.

En nuestro caso felizmente se posee este documento escrito aproximadamente en 1920 por el padre Reinaldo, quien a causa de la primera guerra mundial, se vio obligado a permanecer en Suiza a donde había viajado con el objeto de regresar con un grupo de jóvenes misioneras para la Congregación de la Madre caridad.

Escribió su autobiografía tal vez presintiendo su muerte debido a los innumerables peligros que corría a causa de su nacionalidad alemana, y la dirigió al Párroco de Gemund, su ciudad natal, para que fuera leída en sus funerales, según la costumbre en algunos países europeos. El era consciente de que en su patria nadie conocía pormenores de su vida en América a donde había viajado siendo aún muy joven.

CORTO RELATO SOBRE MI VIDA

REINALDO HERBRAND, PBRO.

Estos son datos sobre mi vida para publicarlos en mi entierro.

El 24 de enero de 1863 nací en Gemund, en una circunscripción de Aachen. Yo era el séptimo de los once hijos de los esposos Juan Pedro Herbrand y María Catarina Kloesgen. Mis padres me educaron, gracias a Dios, en la religión católica. Mi padre trabajaba como talabartero; murió en el año 1875, a la edad de 54 años; mi madre quedó con ocho hijos, porque tres ya habían muerto en la inocencia bautismal. Mis hermanos mayores le

ayudaron fielmente hasta que nosotros, los más pequeños, terminamos nuestra educación. Ella murió, después de una corta enfermedad, a la edad de 57 años, confortada con los santos sacramentos de la Iglesia, como lo estuvieron también mi Padre y mi hermano mayor, que había muerto pocos años antes de mi madre. De mis hermanos viven aún seis, cinco hermanos y una hermana.

Después de haber frecuentado la primaria asistí, hasta los 16 años, a la clase de Latín que dictaba el capellán, Rvdo. Padre José Krucken. Luego fuí a un Instituto de Educación en la ciudad de Schleiden. A la edad de 18 años entré al Seminario Real Pedagógico, en Boppard junto al Rhin. Tres años más tarde recibí el diploma de maestro, y trabajé durante 6 años: cinco en el pueblo de Warmsroth en Kreuznach y un año en Colonia. Doce semanas estuve de soldado.

Pero siguiendo un deseo vehemente de hacerme misionero viajé, en 1890 a la edad de 27 años, a la República del Ecuador, en América del Sur, con otros tres compañeros que tenían la misma inquietud. Para recibir los conocimientos teológicos necesarios, asistimos a los seminarios dirigidos por los Padres Lazaristas en Portoviejo y Quito. El 15 de abril de 1894 recibí la ordenación sacerdotal de manos del Obispo alemán Pedro Schumacher en Portoviejo, don que nunca puedo agradecer suficientemente.

Durante algún tiempo estuve trabajando como misionero, ayudando en una y otra parte. Luego el Señor Obispo me nombró párroco de Machalilla en el último extremo de la extensión misional, en la costa del océano Pacífico. Me sentía feliz y contento en medio de los pobres, entre pueblos de indígenas y de negros que estaban totalmente abandonados. Con gusto hubiera podido quedarme para siempre allí, pero no era la voluntad de Dios. Azuzada por los masones, después de un año estalló la revolución en el Ecuador.

El celoso y activo Obispo Schumacher, ya hacía tiempo que era un obstáculo para esa gente antirreligiosa. Aconsejado por sus sacerdotes y por buenos laicos resolvió huir. Además del señor Vicario General lo acompañaron tres sacerdotes diocesanos,

entre ellos mi humilde persona, dos Padres Capuchinos españoles y mi fiel compañero el carpintero de la misión, Eduardo Dekiert. Solamente confiando en la protección de Dios resolvimos pasar por la selva para llegar a Quito, que en ese momento estaba bajo el gobierno legítimo. Todos los demás caminos estaban ocupados por los revolucionarios: pero en el primer día de la huida nos cogieron prisioneros. Un grupo de fieles soldados católicos nos liberaron de nuevo; en la lucha que se suscitó nos maltrataron y nos amenazaron en todas formas; uno de los Padres Capuchinos fue herido por un tiro; esto ocurrió en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en 1895. Al Padre Capuchino herido lo escondimos en la casa de un turco: los demás seguimos nuestro camino con la protección de los soldados católicos. Entre muchísimos e incontables sufrimientos y careciendo de todo, llegamos después de un mes a Quito. Como mientras tanto, con la ayuda de los masones de los países vecinos, los revolucionarios se habían apoderado de esta ciudad, la dejamos atrás y nos dirigirnos a la católica República de Colombia.

El 1º de noviembre de 1895 el Señor Obispo de Pasto me nombró Capellán de las Franciscanas suizas alemanas de Altstätten en el Rhin, que tenían su casa principal en Túquerres y al momento cuentan con 13 filiales en las que se dedicaban a la educación de la juventud femenina. Al lado de esto me dedicaba a la misión entre los indígenas, cuando las circunstancias me lo permitían. Tres veces viajé con las Hermanas Misioneras Franciscanas a Europa para ayudarle en sus asuntos. La última vez en el mes de junio de 1914. La guerra mundial, que estalló poco después, no me permitió regresar a Colombia, a donde con gusto hubiera vuelto porque en ella tenía yo mi campo de trabajo principal, y esperaba poder terminar allí mis días. Pero mil veces prefiero morir donde Dios quiera y cuando Él quiera.

Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor. Dulce Corazón de María sed mi salvación. San José Patrono de los moribundos, rogad por mí.

A todos mis hermanos sacerdotes y a todo los fieles que van a participar en mi entierro y se acuerden de mí en la oración y en la

Santa Misa, les doy de antemano mis más sinceros agradecimientos; cuando esté en la visión beatifica del misericordioso Dios también me acordaré de ellos, y especialmente de los bienhechores de la casa de San José.

Además de lo que sabemos de la vida del Padre Reinaldo Herbrand por su autobiografía, se conocen otros acontecimientos gracias a los relatos hechos por algunas Hermanas que tuvieron la dicha de recibir los beneficios de su dinámica acción como capellán de la Congregación. Se encuentran también varias alusiones a su vida y obra en las numerosas cartas que Monseñor Pedro Schumacher dirigió a su hermano Enrique residente en Alemania, y en la historia de la época de la revolución de Eloy Alfaro donde se narran sucesos azarosos vividos durante la persecución religiosa que se desató a fines del siglo pasado en el Ecuador.

MISIONERO EN EL ECUADOR

El Ilustrísimo Señor Obispo Pedro Schumacher, viajó a Europa en busca de sacerdotes para su completamente abandonada Diócesis de Portoviejo, Ecuador. Encontró en Colonia al señor Reinaldo Herbrand, un maestro de escuela muy activo y apreciado que era como la mano derecha del Señor Cura Párroco. El Ilmo. Señor Schumacher al tratar a Herbrand hombre sencillo y sincero, en una palabra digno de fe, le manifestó inmediatamente gran confianza. Le expuso la casi desesperante situación de las dos provincias, Manabí y Esmeraldas que formaban su Diócesis: el lamentable estado religioso y moral de sus feligreses y carencia de sacerdotes y comunidades religiosas. Esta triste información conmovió a Herbrand hasta lo más íntimo de su ser; después de una seria reflexión tomó la decisión de cambiar su vida dejando el pueblo donde gozaba de estimación y afecto, alejándose de un país donde reinaba la

disciplina y el orden para ir hacia lo desconocido a enfrentar serias dificultades en una misión de indígenas, que apenas empezaba a surgir, y hacer frente a la inclemencia de los climas tropicales.

Muy pronto después de su llegada al Ecuador empezó sus estudios para prepararse a recibir las órdenes sagradas. Estuvo primero en el Seminario de Portoviejo y de 1892 a 1893 en el Seminario Mayor de Quito, donde recibió la Ordenación Sacerdotal el 15 de abril de 1894. Monseñor Schumacher escribía a su Hermano Enrique: “Los señores Herbrand y Nobis, antiguos profesores en Colonia han recibido también las órdenes mayores, porque aquí donde es grande la necesidad no se puede andar a pasos lentos”.

El 5 de diciembre del mismo año el Señor Obispo nombró al presbítero Herbrand párroco de Machalilla, población situada a orillas del Pacífico, en un lugar extraordinariamente hermoso y de clima muy sano, pero descuidada totalmente en el aspecto religioso. La gente de los alrededores vive y muere sin instrucción religiosa y sin sacramentos. Allí esperaba al Padre Herbrand un difícil y arduo trabajo.

En esta época ya se cernían sobre el Ecuador los oscuros nubarrones de una persecución contra la Iglesia. Ante esta alarmante amenaza, el Padre Reinaldo es trasladado a Portoviejo para que se encargue, en tan difíciles momentos, de la dirección y defensa del Seminario.

Por este tiempo le sucedió al Padre Herbrand, una aventura no muy feliz. Iba para Jipijapa en compañía de dos personas, cuando de repente, en la oscuridad de la noche fueron sorprendidos por una escolta de soldados que, teniéndolos por revolucionarios, les apuntaron con sus fusiles no sin antes ordenarles que se detuvieran. Por fortuna lo hicieron, porque de otra manera habrían recibido la descarga de proyectiles no destinados a ellos. Al darse cuenta los soldados de quiénes eran los transeúntes que andaban por esos caminos a una hora tan desusada, cortésmente les pidieron excusas y los dejaron seguir. El Señor Herbrand y sus dos acompañantes, que en las sombras

de la noche tenían facha de revolucionarios, llegaron a Jipijapa a las 10 p.m.

PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN EL ECUADOR

A fines de junio de 1895 llegó a su apogeo, especialmente en la Provincia de Manabi, en el océano Pacífico, la temida persecución religiosa. Ante las amenazas de muerte que, cada día eran más inminentes contra el Obispo Schumacher y el clero, se rogó al Obispo que huyera para ponerse a salvo, porque consideraban que su muerte, por una parte sería un triunfo para los enemigos de la Iglesia y por otra si salvaba su vida tendría la posibilidad de regresar a Portoviejo para continuar su efectiva misión apostólica. Después de repetidas súplicas de quienes veían la necesidad de proteger su vida accedió dirigirse con sus sacerdotes, a través de la selva, hacia Quito que se pensaba estaba todavía en manos del buen gobierno. Después de 30 días de viaje en medio de grandes penurias llegaron felizmente a la capital del Ecuador.

El Padre Herbrand con otros sacerdotes y seminaristas fueron los fieles compañeros del Obispo. Llegaron al pueblo de Calceta y se hospedaron en el colegio de las Madres Benedictinas. Pero aún no habían descansado de la fatiga del viaje, cuando se vieron rodeados de cincuenta hombres armados, muchos de ellos con gruesas cuerdas en las manos, dispuestos a amarrar al prelado y a los sacerdotes, y según la orden que tenían, llevarlos presos al campamento que estaba a algunas horas de distancia.

Cuando el Señor Obispo se dio cuenta de la insistencia de aquellos hombres para amarrarlos y llevarlos presos al campamento, pidió que se presentara el jefe; cuando lo tuvo ante sí, le increpó tan enérgicamente su execrable conducta que, avergonzado el militar, desistió de su intento y se retiró, no sin antes hacer que la guardia rodeara la casa para evitar que huyeran.

El relato de lo que fue la noche del 20 al 21 de junio pasada en



Padre Reinaldo Herbrand

Calceta se sabe por la siguiente narración hecha por el Padre Angel de Aviñonet, quien con los Padres Herbrand, Hecker, Gaspar de Cebrones, Nobis, y el Señor Eduardo Dekiert, salió de Portoviejo con el Señor Obispo.

“No quisiéramos recordar la noche que pasamos en Calceta. A cada instante se oían los gritos de muerte al Obispo y demás sacerdotes. Varias veces quisieron romper las puertas del convento para asesinarnos. Como se acercaba el ejército católico que venía a liberarnos, los jefes de los revolucionarios obligaron al Obispo a ir al campamento de aquellos para que interpusiera su influencia de Prelado y los católicos entregaran las armas. El prometió a los revolucionarios que como Obispo, haría cuanto estuviese de su parte para que se hiciera algún tratado, salvando la conciencia y el honor militar, y de esta manera impedir que fuesen a las manos unos y otros.

Una vez en el campamento de los soldados católicos estos rodearon al Señor Obispo y a dos sacerdotes que lo acompañaban, y con suave violencia mezclada de respeto los obligaron a retirarse a retaguardia, a un lugar seguro, sin permitirles atender al compromiso que habían contraído con los revolucionarios, de volver a la prisión.

Al ver aquellos hombres que su propósito no les había salido tal como lo planearon se desplegaron en grupos y comenzaron a hacer fuego nutrido contra los católicos quienes respondieron en igual forma a sus ataques. Tan pronto como se rompió el fuego, veinticinco revolucionarios montados a caballo bajaron precipitadamente a la población con el fin de matar a los tres sacerdotes que habíamos quedado en poder de otro grupo de revolucionarios. Muera Cristo! era el grito infernal que siempre tenían en los labios.

Arrancaron las puertas del convento, entraron y profanaron el oratorio, de un hachazo partieron el sagrario en el que se guardaba el Santísimo Sacramento que, a Dios gracias, no pudieron profanar como lo habían hecho en Quito y más tarde lo repitieron en Riobamba; temiendo esto, su Señoría Ilustrísima lo había consumido esa mañana. Rompieron a machetazos un

grande y hermoso crucifijo que había en el altar de dicho oratorio; rasgaron e inutilizaron los ornamentos sacerdotales y buscaron los cálices para profanarlos, pero no los pudieron hallar, porque las religiosas los habían enviado fuera del convento para que no cayesen en sus manos.

Robaron cuanto tenían las religiosas, les dieron golpes y bofetadas e hicieron pedazos sus hábitos. ¿Aquellos era un infierno! Los gritos que daban aquellas pobres religiosas traspasaban el corazón. Mientras estos crímenes se efectuaban se ensordecían nuestros oídos con las más horrendas blasfemias. Por nuestra parte, previendo las cosas que podrían suceder, nos preparamos debidamente para morir: rezamos las oraciones de los agonizantes, todos se postraron de rodillas y yo les di la absolución, después de lo cual me hinqué y a mi vez la recibí del Rvdo. Padre Pedro Hecker.

Mientras unos cometían tales sacrilegios en el altar del oratorio, otros querían matarnos, ora poniéndonos las bocas de los rifles en el pecho, ora punzándonos con las bayonetas. El que escribe estas líneas, hincado de rodillas junto con los demás, esperando la muerte, recibió una cuchillada tan terrible, que lo derribó al suelo; pero, a Dios gracias, no tuvo otro efecto que rasgar la ropa por haber dado contra una coraza que llevaba por necesidad. Uno de los revolucionarios iba a descargar un tiro al reverendo Padre Herbrand, pero una de las religiosas impidió su muerte desviando el cañón del rifle: otro blandió una daga con la que le iba a traspasar la garganta, y la Madre Genoveva, con un valor superior al de su sexo, interceptó el golpe mortal; a otro que también lo amenazaba le dijo el Padre Herbrand:

- ¿Qué mal le he hecho a usted, por qué me quiere matar? ni siquiera me conoce.

- No te conozco, rugió el feroz revolucionario: pero me basta saber que eres sacerdote de Cristo, para acabar contigo...

Al ver que nos hacían sufrir tanto y que nuestra muerte era segura, dije a uno de los revolucionarios que me atormentaba:

- Amigo, si nos han de matar, mátanos de una vez.

- No morirás aquí, me respondió con furia: morirás en el campo.

Nos arrastraron por el suelo tirándonos de los pies; al digno párroco de Calceta después de golpearle la cabeza contra el suelo y contra las gradas de la escalera del convento, lo colgaron con los pies hacia arriba. Después de habernos ultrajado de otras mil maneras que sería largo referir, nos llevaron a fusilar a la loma del cementerio; al llegar a aquel sitio, viendo uno de los jefes la manera inicua como nos trataban, y al reverendo señor cura de Calceta amarrado con cuerdas codo con codo, exclamó con la más refinada hipocresía:

- Señores, esto no se hace con sacerdotes.

Luego unos quisieron ponernos por blanco y matarnos a la vista de los soldados católicos: pero otros más astutos no quisieron obrar así, para no exasperar los ánimos de aquellos valientes defensores de la fe.

Optaron por hacernos entrar en una tienda con paredes de caña para podernos fusilar con más facilidad sin que los asesinos quedasen comprometidos ante el pueblo. Al entrar en dicha tienda, el jefe que había reprendido a los demás, nos dijo hipócritamente:

- Entren ustedes, aquí no corren ningún peligro.

Apenas hubo dicho estas palabras, de todas partes sonaron descargas cerradas contra nosotros, una de las balas me traspasó el cuerpo de parte a parte por el hipocondrio derecho. El que me tiró a quema ropa era el mismo jefe que nos acababa de decir: "Entren ustedes, aquí no corren ningún peligro".

¡Cuánta infamia encerraba esta conducta! Todos hubiéramos perecido allí si a tiempo no nos hubiéramos echado al suelo cuando vimos que nos apuntaban con las armas. El que escribe estas líneas recibió el balazo referido, cuando quiso cerrar la puerta de la mencionada tienda, después de que dispararon contra nosotros.

Antes de retirarse los revolucionarios de aquel lugar, uno de ellos quiso ver si en efecto estábamos muertos; para esto, con gran

furia y blasfemando se fue a forzar la puerta de una casa contigua a la tienda en que nos hallábamos, y encontrándola cerrada con llave, gritaba como un energúmeno:

- ¿Quién habrá echado llave a esos clérigos? ¿Quién los habrá encerrado aquí? Traigan la llave para ver si están muertos. Al decir esto, daba fuertes golpes y empellones a la puerta para derribarla. A nuestro modo de entender, su intención no era otra que acabarnos de matar en caso de hallamos vivos todavía... Pero la proximidad de los soldados vencedores le hizo desaparecer más que de prisa de aquel lugar y dejarnos en paz. La Providencia Divina una vez más nos salvó.

Entre tanto, los soldados católicos llegaron victoriosos hasta la tienda en donde nos hallábamos y nos libraron de una muerte segura; luego nos condujeron hasta la casa en donde se hallaban las religiosas benedictinas, unos iban a pie y el que escribe estas líneas era llevado en las capas de los soldados, pues le era imposible poder dar un paso a causa de los dolores de la herida.

Más tarde llegó también a esta casa el señor Obispo con los dos sacerdotes que por la mañana lo habían acompañado a hablar con los soldados católicos. Grande fue la angustia del Prelado en aquellos momentos al ver herido y bañado en sangre a su querido amigo Eduardo Dekiert a quien abrazó llorando. Este joven estaba con nosotros los sacerdotes en el convento, y cuando lo bajaban por las escaleras fue horriblemente ultrajado y herido en la cabeza por los revolucionarios. Luego se llegó al que escribe estas páginas, y lo consoló con palabras que no se borrarán nunca de su memoria.

Por su parte, el señor comandante Álvarez, previendo que los revolucionarios podían hacer alguna tentativa durante la noche para liberar a su Señoría Ilustrísima con sus sacerdotes, puso a la puerta y alrededor de la casa un fuerte retén de soldados al mando del señor coronel Almeida, ilustre colombiano. En dicha casa permanecieron hasta el amanecer bien custodiados por los soldados católicos.

Después de estos aciagos acontecimientos la prudencia exigía que el señor Obispo anduviese junto con el batallón de católicos,

que estaba resuelto a defenderlo, aún a costa de su vida, de los ataques de los adversarios. Es imposible describir los trabajos y sufrimientos que tuvieron que soportar en tan largo viaje. Casi sin ropas, descalzos, con lodo hasta las rodillas, con agua hasta la cintura al atravesar los ríos, lloviendo a torrentes casi todos los días, mojados casi siempre y sin ropa para cambiarse, durmiendo debajo de los árboles, hostigados por multitud de insectos y sabandijas venenosas, sin otro alimento que maíz tostado, fue providencia de Dios que no pereciesen al rigor de tantos sufrimientos...

Por fin llegaron a Quito extenuados y agobiados por los muchos sufrimientos y descansaron algunos días; pero al saber que la revolución masónica lo había invadido todo y deseosos de hallar tranquilidad y escapar de las manos de sus mortales enemigos, emprendieron de nuevo el viaje a altas horas de la noche, dirigiéndose a la vecina república de Colombia.

TÚQUERRES

EL CAPELLÁN

A fines de agosto de 1895 Monseñor Schumacher, sus sacerdotes y seminaristas llegaron a Túquerres y encontraron una amable acogida donde los Padres Capuchinos y donde las Madres Franciscanas. El Padre Herbrand escribe sobre esto: “Día y noche trabajaban la Madre Caridad y las Hermanas para remendar nuestra ropa o para reemplazarla por otra mejor; pusieron todas las camas a nuestra disposición y nos sostuvieron durante varios meses. “Monseñor Schumacher afirma:” Las buenas Franciscanas cuidan de nosotros como verdaderas madres”.

A fines de octubre resolvió el Padre Herbrand buscar un nuevo campo de trabajo y habiendo recibido el permiso de su propio Obispo Monseñor Schumacher, se preparó para irse a Norte América. Estando listo para el viaje y teniendo en la mano un bello certificado de su lealtad y virtudes sacerdotiales, le llegó una carta del ilustrísimo Señor Caycedo, Obispo de Pasto,

nombrándolo capellán de las Madres Franciscanas en Túquerres.

En los escritos del Padre Herbrand se lee: “El 1º de noviembre de 1895 me nombró el Excmo. Señor Obispo de Pasto, Doctor Manuel Caycedo, capellán y confesor de las Franciscanas en Túquerres, cuyo nombramiento acepté siguiendo el consejo del Obispo Schumacher que en aquel tiempo era todavía mi superior, y también por agradecimiento a las Hermanas que tan caritativamente nos habían recibido cuando vinimos del Ecuador. En todas las dificultades que encontré en mi oficio de Director Espiritual de las Hermanas, busqué siempre consejo en mi paternal amigo, el inolvidable Prelado Monseñor Schumacher, que como Lazarista fue mucho tiempo director espiritual de religiosas”.

Monseñor Caycedo agradece así al Padre Herbrand:

Muy estimado Padre mío:

Agradezco cordialmente a usted la aceptación del nombramiento de capellán de las Madres Franciscanas, que le envié la semana pasada y ruego a Dios que conceda a usted su gracia para trabajar en favor de esas buenas Madres. Mucho espero de su celo y de su prudencia.

Me encomiendo en sus oraciones y soy de usted su afmo. en Cristo,

Manuel José, Obispo de Pasto

Así entró el Padre Reinaldo Herbrand a formar parte de la Historia de nuestra Congregación. Solícito y sacrificado apóstol, templado en el sufrimiento, forjado su férreo carácter en la escuela de virtud y santidad de Monseñor Schumacher, fue el regalo que Dios en sus designios amorosos tenía preparado a la Madre Caridad y a la naciente Congregación.

Hay numerosas alusiones de su entrega total como capellán, como director espiritual y como eximio

educador, entre las cuales es digna de mencionar la que escribió Monseñor Schumacher: “El Padre Herbrand hombre apostólico y de todos muy querido es un celoso capellán y un gran apoyo para las Franciscanas, también es una gran ayuda en la enseñanza por sus amplios conocimientos pedagógicos”.

LA REVOLUCIÓN EN COLOMBIA

Poco tiempo había pasado desde la llegada a Colombia de Monseñor Schumacher y los sacerdotes desterrados del Ecuador cuando ya en este país empezaba a vislumbrarse la revolución. Monseñor Schumacher, quien había fijado su residencia en Samaniego, escribe:

La vida en mi dulce Samaniego era tranquila, con la visible protección de Dios trabajaba con mis sacerdotes en hacer el bien entre estas buenas gentes, hasta que en 1900 llegó la noticia de que los radicales, aquí en Colombia, hacían esfuerzos inauditos para llegar al poder y desencadenar una persecución similar a la del Ecuador. Fue así como ayudados por los revolucionarios de esa vecina República se prepararon para atacar al gobierno.

El Padre Herbrand, quien había venido de Túquerres, permaneció algunos días conmigo. Una mañana, cuando nadie lo pensaba una banda de estos enemigos de la Iglesia invadió la aldea, apenas tuvimos tiempo el Padre Herbrand y yo de escondernos en una garganta selvática, y como los revolucionarios al dejar el pueblo dijeron que regresarían en la tarde, nos quedamos hasta la mañana siguiente en una casa de confianza a legua y media de la población.

Apenas había regresado con el Padre Herbrand, cuando se volvió a oír el grito: “los radicales atacan a Samaniego por dos lados”. No teníamos más remedio que regresar a la montaña y permanecer allí en compañía de unas buenas personas, hasta que hubo pasado el peligro. Para tener la protección de la tropa,

el capitán nos insinuó que nos fuéramos con ellos a Túquerres donde se daría el combate ese mismo día, pero éste sólo ocurrió dos días más tarde y el ejército católico obtuvo un completo triunfo.

El Padre Herbrand que había sido nombrado capellán del ejército estuvo presente en la batalla y siguió con las tropas, porque parecía que estábamos en vísperas de un nuevo combate. Efectivamente el ejército enemigo llevó a cabo constantes incursiones en varios lugares del sur, pero en casi todos el ejército católico se coronó con gloriosas victorias.

El 6 de febrero de 1901 escribe el Padre Herbrand a Monseñor Schumacher: “Desde anteayer estoy en la frontera con mi batallón en el camino, desde lejos, los enemigos dispararon sobre nosotros y emprendieron la retirada; en la fiesta de la Candelaria presentaron combate pero quedaron derrotados dejando en el campo 12 cadáveres y tomando prisionero al jefe; de los nuestros sólo hubo dos heridos, uno de gravedad. Las Franciscanas tienen 20 soldados enfermos entre ellos dos del adversario”.

Las calamidades de esta guerra llamada de los Mil Días tocó muy de cerca a la Congregación que tuvo que afrontar graves peligros en el fragor de las batallas como lo confirma una de las Hermanas que escribía a la Madre Caridad: “Ahora sí sé lo que es una batalla, allí se aprende a rezar y a hacer buenos propósitos para el

futuro. Dios nos dé la perseverancia.” Así mismo las Hermanas tuvieron que dejar su trabajo habitual de la educación para dedicarse al cuidado de los enfermos.

Ya en 1.899 cuando empezaba a sentirse en Colombia el peligro de una guerra contra la religión promovida por los francmasones, fueron atacadas en lo que constituía para ellas su mayor responsabilidad: la formación y educación de la niñez y juventud.

Monseñor Shumacher escribe: “En Túquerres he visto al

Padre Herbrand, que es en este lugar un gran apoyo para las Franciscanas. Ellas tienen tres establecimientos en esta Diócesis pero son el blanco de muchos ataques e injurias de parte de los masones. En su defensa el Padre Herbrand escribió el llamado “Manifiesto de gratitud”.

MANIFIESTO DE GRATITUD

Los católicos de esta ciudad de Túquerres han elevado protestas energicas contra los conceptos harto ofensivos que los enemigos de la educación religiosa publicaron poco ha, sobre las escuelas públicas en general, y entre ellas también contra el establecimiento de enseñanza confiado a la dirección de las religiosas de la Orden de San Francisco de Asís. Los conocidos partidarios de la oposición sistemática contra todas las obras que la Iglesia emprende en beneficio de la sociedad, los dignos compañeros de los que en la vecina república destruyeron los benéficos y florecientes Institutos de Educación Católica y dejaron en su lugar sólo ruinas y escombros, se han atrevido a calificar de decaída y aún degradada la instrucción que se da en las escuelas públicas de esta Provincia. Así se expresan esos mismos hombres que prometen luces y progreso, pero el resultado invariable y patente de sus ofertas es la ruina material y moral de los pueblos. Cerrando los ojos a la verdad y a la luz cristiana que les ofusca y humilla, afectan lamentarse de que “hasta ahora no haya habido un establecimiento dónde dar una mediana instrucción a sus hijas”.

Si no se hubiera protestado contra el ultraje que implica ese calificativo de “degradada”, dirigido contra la enseñanza religiosa, contra esta enseñanza que inculca en el alma de la tierna infancia el santo temor de Dios como único fundamento de toda verdadera ciencia y virtud, los católicos de Túquerres hubieran faltado al deber que incumbe a todos los hijos de la Iglesia de volver por la honra de su Madre y de agruparse bajo la bandera de Jesucristo cuando satanás alza la suya.

Este deber, de reprimir la insolencia de los impíos, era tanto más imperioso, cuanto que los adversarios de las escuelas religiosas sabían de antemano que las pobres religiosas, cuya enseñanza califican de “degradada”, tendrían en la modestia propia de su estado un obstáculo para repeler por sí mismas los inmerecidos ultrajes que les hacen unos hombres para quienes no tienen cabida las consideraciones de delicadeza, urbanidad y cultura que se deben a indefensas religiosas.

Verdad es que las hijas del Seráfico Padre, fieles al espíritu de su santa vocación, han guardado y guardarán silencio, por más ingratitud, desprecios y vituperios que reciban de parte de aquellos desgraciados; sin rencor en su corazón encomendarán su causa al Esposo Divino a quien se han consagrado. Pero, no por esto han pensado ocultar en su alma los sentimientos de gratitud que guardan a las personas que con sus nobles protestas las han alentado, y han defendido la verdad y la dignidad de la Iglesia que les ha confiado la nobilísima misión de educar a la juventud.

El infrascrito, en su carácter de capellán del Instituto de las Religiosas Franciscanas y de Director Espiritual de la Comunidad, ha sido encargado por la Superiora de las religiosas de presentar en nombre de la misma y de sus Hermanas, un testimonio público de gratitud a los católicos de Túquerres que han tomado la defensa de las maestras de sus hijas. Al cumplir con tan alto encargo no puedo menos de expresar algunas reflexiones propias que como Sacerdote de Jesucristo y ministro de la Iglesia militante me hago al contemplar esta injusta y obstinada oposición que se hace a las empresas católicas.

La propaganda antirreligiosa que en todas partes anhela como resultado final de sus esfuerzos el establecimiento de escuelas sin enseñanza religiosa, ha calificado de “degradada” la instrucción que reciben las niñas bajo la dirección de nuestras religiosas.

No podía este bando manifestar más evidentemente su carácter de impío, ni justificar mejor el celo de nuestro venerable Obispo contra las escuelas y colegios amparados y patrocinados por hombres descreídos.

Por otra parte, el sello de las obras y empresas buenas es la contradicción que experimentan de parte de los hijos de las tinieblas; por eso, lejos de abatirnos por esta oposición, hallamos en ella nuevos motivos y estímulos para seguir trabajando con empeño y constancia.

Nunca esperaremos ganarnos los aplausos de los que por sistema y contra la verdad que ven y palpan nos seguirán desacreditando. A la vista de todos están los exámenes anuales de nuestras educandas con sus brillantes resultados, ahí están los informes más satisfactorios de los representantes del Gobierno, pero los sectarios fingén ignorar todo esto por la sencilla razón de que estorban sus inicuos proyectos.

Entre tanto, Dios nuestro Señor, que de los males saca bienes hará que el pueblo creyente, estimulado por la actividad que distingue a los hijos de las tinieblas, se una más estrechamente con su apostólico Obispo para deshacer los proyectos de los impíos y desvanecer sus esperanzas.

Con la sinceridad que debe ser propia del sacerdote y en la convicción de que es preciso hacer conocer en su verdadero aspecto a los adversarios de la instrucción cristiana, he expresado mis conceptos: no extrañarán la energía de mis palabras los que saben apreciar una educación fundada en los preceptos de la sabiduría eterna.

Túquerres 17 de enero de 1899
Reinaldo Herbrand, Pbro. Capellán de las Religiosas
Franciscanas de Túquerres.

DE AMÉRICA A EUROPA

Restablecida la paz y de nuevo el país en manos de un buen gobierno, las Hermanas pudieron dedicarse al trabajo en las escuelas y colegios. De todas partes les llegaban peticiones para que fundaran establecimientos de educación y tenían que negarse a causa de la falta de personal. Para remediar esta dificultad se contó con la eficaz ayuda del Padre Reinaldo Herbrand.

Can el fin de tener en Suiza donde recibir y formar a las jóvenes que se sintieran llamadas a la vida misionera en América, se vio la necesidad de adquirir una casa adecuada; para esto el Padre Herbrand escribió en 1904 al Obispo de Sant Gallen, pidiendo su aprobación.

Incansablemente trabajó él para que la Congregación adquiriera su estabilidad mediante la aprobación Pontificia tanto del Instituto como de las Constituciones. Sería demasiado prolijo hacer aquí un recuento de la intensa labor que se impuso el Padre Herbrand para estructurar y redactar, con la Madre Caridad, el texto de la legislación que le daría la fisonomía peculiar a la Congregación. Más tarde hizo la correspondiente traducción al latín del texto de las Constituciones para presentarlo a la Santa Sede para su aprobación.

Túquerres, 26 de mayo de 1904

Excelentísimo Señor Obispo de St. Gallen:

Permítame su Excelencia, que el suscrito Capellán de las Franciscanas de aquí, le exponga un asunto del cual mi Obispo, Pedro Schumacher, q.e.p.d., deseaba hablarle, pero por la revolución desatada en el país, y su inesperada muerte, nunca llegó a hacerlo.

Se trata de una fundación para las mencionadas religiosas. Como la situación política aquí es muy insegura urge adquirir una casa en Suiza para la formación y preparación de las novicias que más tarde viajarán a Colombia. Así podría cumplirse aquello de que cuando se nos cierra una puerta (como en el Ecuador) Dios nos abre otra que nos ofrece protección. Pero Él también quiere que nosotros nos ayudemos y nos preparemos para el futuro.

Humildemente le ruego en nombre de mi buen Obispo q.e.p.d., en el de todas las Hermanas y en el mío propio que su

Excelencia, procure ayudarles para que puedan fundar una casa y atender algún apostolado. Le aseguro a su Excelencia, que ellas sabrán apreciar tal favor y estarán siempre a su servicio.

En el último viaje que la Madre Caridad hizo a Suiza concibió una idea que me permito comunicar a su Excelencia, y que tal vez le sirva para conocer lo que ella se proponía. Oyó decir que allá era de urgente necesidad una casa para atender a sacerdotes ancianos que ya no pueden hacerse cargo de una parroquia por su edad o delicado estado de salud, y vio la posibilidad de que las Hermanas pudieran dedicarse a ese apostolado; sin embargo ellas estarían dispuestas a trabajar en su Diócesis tal como su Excelencia, lo ordene o disponga.

El señor Beat Zahner, de Kaltbrunn, tío de la Madre Caridad, con quien únicamente habló sobre el asunto, cree que para este fin se pudiera adquirir una propiedad que está en venta en Oberkirch, cerca de Kaltbrunn, en cuyas cercanías hay una capilla dedicada a la Virgen de los Dolores.

El señor Zahner cree que piden 30.000 Francos: con la ayuda de Dios las Hermanas pudieran hacer un primer pago y lo restante cancelarlo poco a poco. Las Hermanas de las filiales darían su contribución para el mantenimiento y los gastos de conservación. No obstante, esta compra nunca la llevaríamos a cabo si su Excelencia, no estuviera de acuerdo con nosotros. Dado caso que su Excelencia, les ofreciera otro trabajo puede contar con que se pondrán a su servicio en cuanto las fuerzas se lo permitan.

Perdóneme Excelencia, que yo le presente un asunto tan delicado. Lo hago en gratitud hacia las Hermanas, pues cuando el señor Obispo Schumacher con sus cinco sacerdotes y seis seminaristas fuimos perseguidos y finalmente llegamos a Túquerres como mendigos, sin ropa, enfermos y con hambre, entonces estas Hermanas, pobres y con deudas, nos abrieron las puertas y con maternal solicitud nos hospedaron, nos proporcionaron ropa y con sus cuidados nos ayudaron a recuperar la salud quebrantada.

Esta es la razón por la cual me intereso ahora por el bienestar y el futuro de las Hermanas, cumpliendo con esto el último deseo que me manifestó el Señor Obispo antes de su preciosa muerte, diciéndome: “Cuídame a mis Hermanas...”

Si su Excelencia, encontrara algo favorable para mis Hermanas le ruego que me haga el favor de comunicármelo para que ellas puedan ponerse a su disposición.

Le agradezco Excmo. Señor por todo y le envío mis respetos. Su humilde servidor

Reinaldo Herbrand
Capellán de las Rvdas. Madres Franciscanas

Con el objeto de atender asuntos propios de la Congregación, entre ellos traer jóvenes para el convento de Túquerres, el Padre Herbrand viajó tres veces a Europa.

Las aspirantes a la vida misionera en América, eran recibidas en el convento de María Hilf, pero con el tiempo esto resultaba demasiado oneroso para las Hermanas en Altstätten, dada su característica de convento de clausura, por lo que se vio la necesidad de que la Comunidad de la Madre Caridad tuviera en Suiza su propia casa de formación. Para hacer los trámites correspondientes para la adquisición de un lugar adecuado para tal fin, el 28 de marzo de 1905 el Padre Herbrand emprendió viaje a Suiza, llevando una muy buena carta de recomendación escrita por Monseñor Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto, y plenos poderes de parte de la Madre Caridad para recibir y traer a América jóvenes que, teniendo vocación religiosa, quisieran ser misioneras y llevar el hábito franciscano.

Al llegar a Suiza encontró en el convento de María Hilf 15 postulantes que esperaban con gran entusiasmo el día de poder realizar su ideal de viajar al Nuevo Mundo, para dedicarse a la enseñanza cristiana entre los nativos.

El Padre se puso inmediatamente a la tarea de buscar un lugar para las futuras misioneras, y fue así como providencialmente y por intercesión de San José consiguió en Tübach la casa de formación. El activo y solícito capellán cumplió admirablemente la misión que se le había confiado y la Madre Caridad pudo ir en 1908 a formalizar la fundación de la “Casa de San José”.

En mayo de 1914 Monseñor Leonidas Medina, Obispo de Pasto, le dio el poder para que, según el deseo de la Madre Caridad, en la Curia Romana pudiera hacer los contactos necesarios para el trámite de lo referente a las adiciones de los Estatutos de la Tercera Orden de la Penitencia del Seráfico Padre San Francisco de Asís. Lastimosamente nada de esto pudo hacer porque estalló la primera guerra mundial, el Padre Herbrand tuvo que viajar rápidamente a Suiza, en donde permaneció durante 5 años: por ser alemán no le era fácil obtener el permiso para regresar.

Aunque la estadía en Roma fue muy corta logró entrevistarse con el Padre Felipe Maroto, Procurador General de la Congregación de los Claretianos, quien lo recibió con exquisita afabilidad y a instancias del Padre Herbrand, se encargó de todo lo relacionado con las Constituciones de las Franciscanas.

En 1918 a Monseñor Pueyo de Val, a la fecha Obispo de Pasto, a quien aún no conocía, porque tomó posesión de su Diócesis mientras él estaba en Europa, le escribía:

“Siendo sacerdote de la Diócesis de Pasto, me incumbe el deber muy grato de presentarme ante Vuestra Señoría, nuestro nuevo y digno Pastor.

Siento en el alma no poder ir personalmente a visitar a Vuestra Señoría ilustrísima por las razones conocidas, pero una vez desaparecidas ellas, sin demora alguna me haré a la vela rumbo a Colombia para ponerme a sus órdenes. Cuándo llegará ese día feliz para mí, es difícil de barruntar. Sólo Dios lo sabe. Mientras tanto sigo aquí trabajando en favor de la misión de las Reverendas Madres Franciscanas, ayudándoles en la educación y preparación de las postulantes y dándoles la formación propia

para su futura vocación. Ayudo además en el ministerio parroquial cuanto me lo permite mi salud algo quebrantada.”

En el año 1920 el Padre Herbrand regresó a Colombia donde fue recibido con gran alegría por la Madre Caridad y todas las Hermanas de la Congregación.

AL SERVICIO DE LA DIÓCESIS

El aprecio y reconocimiento de los valores humanos y religiosos que poseía el Padre Herbrand se hacen patentes en las no pocas responsabilidades que le fueron confiadas por sus Superiores Eclesiásticos, y que no obstante que tenía como capellán y colaborador eficaz en las obras educativas de las Franciscanas, asumió con la generosidad y espíritu de servicio que lo caracterizaba.

Después de regresar de Suiza y estar unos pocos días en Túquerres, el Padre Herbrand hizo el viaje a Pasto para saludar a su nuevo Obispo a quien no conocía personalmente, pero sí por correspondencia.

Monseñor Antonio María Pueyo de Val, lo recibió con los brazos abiertos porque el Padre Herbrand gozaba de una admirable fama. Llegó precisamente en el momento en que más lo necesitaba. El Obispo le expuso la gran necesidad que tenía de un director leal y sincero para la escuela de niños que contaba más o menos con 700 muchachos y le expresó que como había oído mucho acerca de sus virtudes y capacidad como maestro, se atrevía a hacerle esta petición.

Grande fue la sorpresa del Padre Herbrand, pero por su noble carácter, no rehusó ayudarle en tan difícil situación. Al momento le dio la mano diciendo: “Bien, estoy listo para hacerme cargo de la dirección de la escuela”. Él no pudo negarse y dejar a su Prelado con esa preocupación ya que siempre había demostrado su gran amor y disponibilidad para acatar las órdenes de sus superiores eclesiásticos.



Casa de San José - Tübach - Suiza

Este contrato oral se hizo por un año escolar al fin del cual Monseñor Pueyo de Val le dio por escrito un magnífico certificando demostrándole su alta estima: entre otras cosas le decía: “Este sacrificio heroico que Su Reverencia ha hecho por mi, nunca lo olvidaré”. Una vez liberado de su oficio regresó a la Casa Madre, en Túquerres.

El 6 de octubre de 1913 Monseñor Medina lo nombró administrador del hospital de Túquerres con facultades para comprar y vender terrenos y efectuar cualquier otro negocio. Solamente en un caso excepcional debía obtener un poder especial y permiso del Obispo. Este oficio lo desempeño hasta el 9 de enero de 1922, año en que tuvo que dejar este cargo para dedicarse a un oficio más difícil aún.

A fines de 1920 debía tomar también la administración del convento de las Hermanas de la Inmaculada Concepción en Pasto, monjas de clausura, cargo que desempeño hasta su muerte.

El 12 de septiembre de 1922, Monseñor Pueyo de Val lo honró con la dignidad de Canónigo de la Iglesia Catedral de Pasto, en reconocimiento a su celo fecundo constante por el progreso espiritual y material en todas las obras que le fueron confiadas.

Además, lo nombró director de música sagrada, pues supo aprovechar los dones extraordinarios con los que el Señor había dotado al Padre Herbrand, entre los cuales figuraba el gran talento como excelente músico y compositor de gusto delicado que sabía plasmar en sus armónicas creaciones, los sentimientos espirituales y artísticos que afloraron en las numerosas obras de las cuales se consagró como su autor.

La catedral de Pasto fue testigo de las cadencias armoniosas que arrancó al finísimo órgano traído de Europa y que Él, con su habilidad de técnico y con su precisión alemana, armó pieza por pieza hasta dejar instalado en el coro de la Iglesia, el imponente órgano.

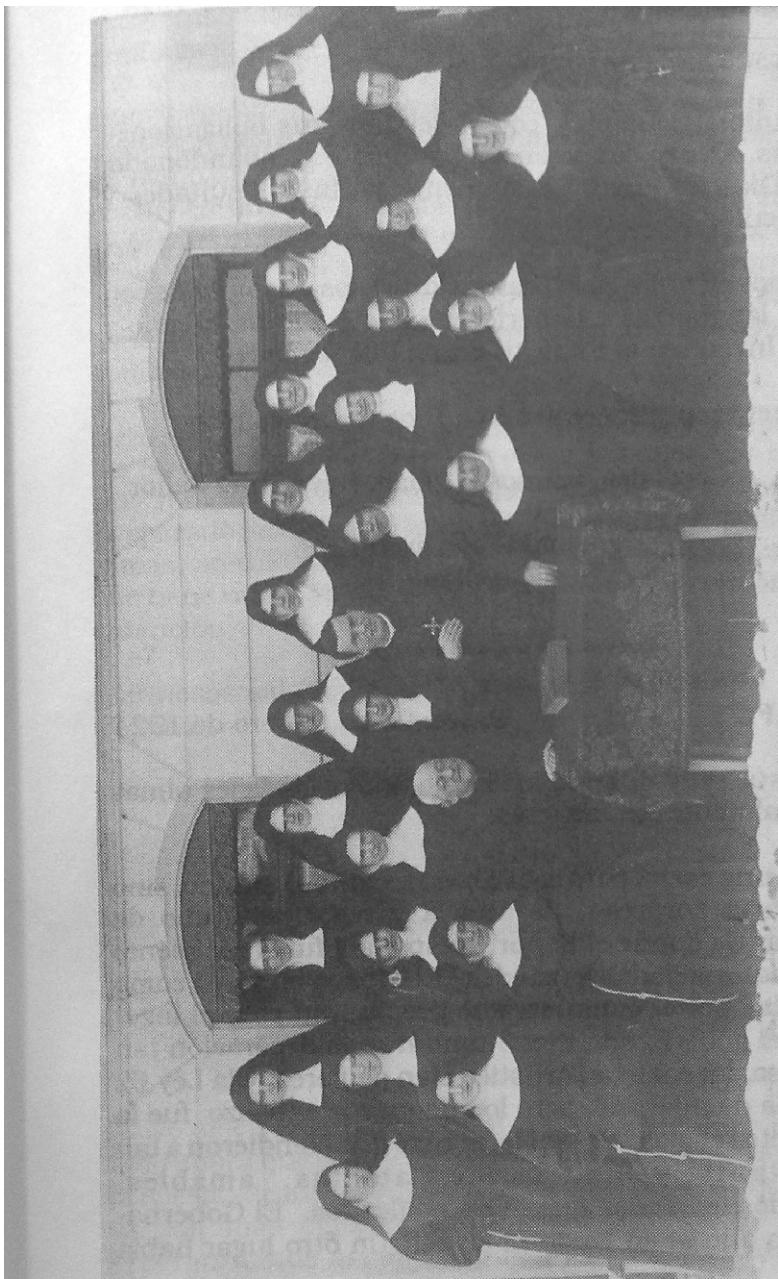
Una de las notas relevantes de la vida del Padre Herbrand, fue su filial adhesión, respeto y veneración a los Obispos bajo cuya

jurisdicción estuvo, distinguiéndose por la disponibilidad con que siempre cumplió cualquier tarea que se le confiara.

GUÍA ESPIRITUAL

El Padre Herbrand fue un excelente maestro, un insigne pedagogo, un gran sabio en cuya mente cabía toda la gama del saber humano, un virtuoso sacerdote, un fiel y leal capellán de las Franciscanas en Túquerres, pero donde dejó su sello inconfundible fue en la dirección espiritual que dio a las religiosas de su Congregación. En total armonía con la Madre Caridad, propuso los sólidos fundamentos de una profunda formación religiosa, que fue el distintivo de las primeras Hermanas que encontraron la plena realización de su vida siguiendo las orientaciones con que las guiaba por el camino de la entrega total y generosa al servicio de Dios.

Para formarnos una idea de lo que él inculcaba a las Hermanas en relación con la adquisición de las virtudes religiosas, se extractan algunos apartes de las cartas con las que animaba a vivir con autenticidad la Vida consagrada.



Grupo de Hermanas con el Padre Reinaldo en Tübach

J. M.J Fr.

Pasto, 12 de junio de 1923

En Jesús amada Madre Inés y Hermanas:

¡Pobres Hermanas! Cómo las prueba el Corazón de Jesús, señal de que las ama. ¡Ánimo y paciencia, venga lo que viniere!. El nombre del Señor sea bendito en todo tiempo, en la cruz y en el sufrimiento. Hace 28 años que mis ojos en Calceta vieron la muerte muy de cerca. Ofrezcan todo al buen Dios en acción de gracias por haber recibido la aprobación de las Constituciones.

.....Saludos a todas.

Atto. y leal (fdo). Reinaldo Herbrand, Capellán

J.M.J.Fr.

Pasto, 15 de junio de 1923

En Jesús amadas Hermanas:

Dios permite que parezca que nos hundimos pero no nos deja ahogar. ¿Verdad? Tengamos presente: sufrimientos, contrariedades y obstáculos siempre tendremos, es mejor con ellos, expiar aquí nuestras culpas que en la eternidad. El verdadero amor a Dios lo demostramos cuando Él nos visita con cruces que nos hacen sufrir, pero que aceptamos con resignación como nos lo enseña el Patriarca Job.

Si todo marcha bien, día tras día, es fácil ser piadoso y obediente. No pierdan la confianza. Nosotros observamos que la bendición de Dios las acompaña en todas sus empresas. Nuestro modo de agradecer es cumplir fielmente nuestros deberes, los santos votos y las Constituciones. Agradecer a Dios por tantos beneficios recibidos y seguir confiando en Él aunque tropiequemos de vez en cuando. Así lo conseguiremos todo de Él.

Bendito sea Dios que los exámenes tuvieron éxito, esto es prueba, de que han trabajado mucho por la honra y gloria de Dios y Él les ha ayudado con paternal amor.

...Las saludo a todas, suyo en el Señor, atto. y leal,

(fdo.) Reinaldo Herbrand, Capellán

J.M.J.Fr.

Pasto, 9 de octubre de 1923

En Jesús amadas Hermanas:

¡Ánimo! cumplan con fidelidad sus obligaciones diarias. Quien confía en Dios nunca será abandonado. Que Dios les envía últimamente tantas dificultades y obstáculos no es mala señal.

Vivamos siempre en la presencia de Dios y aspiremos con todas las fuerzas a la perfección, esto agrada mucho a Dios. Invoquen al Espíritu Santo diariamente.

Las recuerdo y encomiendo a Dios todos los días.

Cordiales saludos a todas. Suyo en el Señor,
Reinaldo Herbrand
Capellán

J.M.J.Fr.

Pasto, 26 de febrero de 1924

En Jesús muy querida M. Inés, y todas las fieles almas especialmente, las mayores:

Por fin una carta; pero esta vez no tocante al mundo, sino una carta sorpresa, de alegría y regocijo. Acabo de regresar de donde el Señor Obispo; allí fui el recipiente de alabanzas dadas a ustedes. El Obispo no sabía como alabarlas por el banquete que prepararon para el ingeniero, el gobernador, etc. Admiraron la decoración tan hermosa del salón, el artístico tren de flores, y la Ley 62 rodeada de miosotis, pero lo que más le satisfizo fue la conducta religiosa de las Hermanas que atendieron a tan importante visita: serias, atentas, amables, bondadosas...Todos quedaron edificados. El Gobernador dijo que ni en Pasto, ni en ningún otro lugar, había asistido a un banquete tan significativo y noble. Todo fue grandioso.

Que todo haya sido para la gloria de Dios, sin esta intención no hay valor. Imagínense a su “Gobernador” el Divino Esposo. cuando al entrar al salón de su alma la encuentre adornada con la violeta de la humildad, el lirio de la pureza, la rosa de la obediencia y la flor de la cruz, de la abnegación y mortificación...

cuánta alegría no tendrá Él. Que la “Ley” de la eterna fidelidad con el tren de la continua aspiración a la perfección y santidad las conduzca a la eterna felicidad.

Jesús no se queda en alabanzas y felicitaciones, sino que las conduce al salón adornado y les hace ver cosas bellas que ningún ojo ha visto; verán la gloria que Dios ha preparado para los que lo aman. Amémoslo cada día más y más, no sólo con los labios sino con obras. Solamente eso tiene valor. Mi diaria oración por ustedes es con esta intención.

Cariñosos saludos para todas. En el Señor atto. y fiel capellán.

(fdo) Reinaldo Herbrand

J.M.J.Fr.

Pasto, 1 de abril de 1924

En Jesús amada Madre Inés, Caridad y Hermanas todas:

... ”No dejen la Idea de fundar fuera de Colombia, sobre todo ahora que aquí los masones son una amenaza para la Iglesia. Jesús no abandonará a sus esposas que ahora ya son más de 200, ésta es mi firme convicción y esperanza, que así como protegió maravillosamente al Obispo Schumacher y a nosotros sus sacerdotes cuando fuimos rodeados por los enemigos en las selvas ecuatorianas y sobrevivimos a pesar de la descarga que hicieron con sus fusiles contra nosotros, así defenderá a sus esposas. No hay que desconfiar, porque la desconfianza ofende al Señor. No obstante, no hay que cruzarse de brazos para dejar que Dios lo haga todo: “ayúdate que yo te ayudaré”, dice el refrán, y “a Dios rogando y con el mazo dando”. Recemos con fe, roguemos, pidamos pero aceptemos los designios de Dios.

No se olviden de vivir en todo como buenas y fieles devotas de Cristo, aspirando a la santidad con todas las fuerzas, buscando a Dios y sólo a Él, observando fielmente los votos y las Constituciones, siendo exactas en el cumplimiento de los

deberes y obligaciones, luchando contra las malas inclinaciones, confesando las faltas con humildad y sinceridad, así Dios estará con ustedes y les ayudará.

(fdo.) Su fiel y leal capellán.
Reinaldo Herbrand

J. M.J. Fr.

En Jesús estimada Madre:

Para contestar su carta sólo puedo repetir lo que ya le dije oralmente: quite el pensamiento de ir a las misiones. Personalmente pienso, apoyado en mi larga experiencia, que a usted el enemigo malo la tienta como sabe hacerlo para estorbar el celo de perfección de las religiosas o hasta lograr que lo dejen. Él no debe alcanzar esto con usted. No olvide que ser esposa de Cristo es una vocación que el Señor da gratuitamente y que se la debe merecer, correspondiendo hasta donde sea posible, mediante una lucha incansable y fiel contra el demonio, el mundo y la carne, cosa que también tiene que hacer toda persona en el mundo, es decir luchando contra el propio yo, y dando muerte a la propia voluntad con sus inclinaciones y caprichos para que reine totalmente la voluntad de Dios. Esta debe ser la tarea más importante. Cuando el amor propio se ha vencido vendrá un cambio y se llega pronto a la victoria final que es la perseverancia y la santidad.

Sosténgase concienzuda y alegremente en el lugar y trabajo que le han asignado sus superiores con el pensamiento de que esa es la Voluntad de Dios que quiere hacerla feliz de una vez para siempre. Si usted sigue este consejo, una vez que esté en el cielo me lo agradecerá; rezó para que así lo haga.

Me encomiendo a su piadosa oración y quedo en los corazones de Jesús y María.

(fdo) Pbro. Reinaldo Herbrand, Misionero

J.M.J.Fr.

Túquerres, febrero 4 de 1922

En Jesucristo estimada Madre Diomira:

Con sumo placer he recibido y leído su estimable cartica con tan buenos propósitos y ofrecimiento de oraciones por la salud de mi pobre alma. Dios se lo pague. También yo de un modo especial tendré presente a Su Caridad en todas mis oraciones y particularmente durante la Sta. Elevación en la Sta. Misa diaria, pidiendo a Jesús Sacramentado le ayude con su infinita gracia a hacerse su esposa cada día más digna, más humilde, más obediente y más pura. Para eso ha venido al convento y para eso debe reanimarse cada mañana al levantarse y aspirar con nuevo brío a la perfección, a la santidad. Conforme al bonito nombre que le ha tocado, en todo lo que hace, piensa y dice, una sola mira no más debe tener, a Dios: Diomira, cómo servirle y agradarle cada día con más fidelidad y amor.

El buen Jesús le dice de qué modo debe servirle: "Si quieres seguirme, niégate a ti misma, carga tu cruz todos los días y ségueme." Primero, debe negarse, es decir vencer su propia voluntad y obedecer a los superiores. La obediencia alegre es el camino más directo a la santidad y por lo tanto al cielo.

Segundo, debe seguir a Jesús cargando con la cruz, es decir soportar con paciencia y por amor a Jesús las contrariedades de la vida religiosa y los sufrimientos que se presentaren, porque Nuestro Señor siendo Dios e inocente cuánto ha sufrido por amor a nosotros desde su cuna, hasta la muerte tan cruel en la Cruz.

Espero ver algunos frutos de mis oraciones en mi querida Hermana de oración, que la Madre Superiora pronto me escriba que la M. Diomira honra verdaderamente su nombre, aspirando con seriedad a la perfección, venciendo cuanto pueda y luchando sin cesar contra su propio yo y sus malas inclinaciones: sin esto todas nuestras oraciones son casi inútiles porque falta la cooperación, de nuestra parte, con la gracia de Dios.

Reciba un cordial saludo de su afmo. Hermano de oración en Cristo,

(fdo) Reinaldo Herbrand. Capellán

Entre las exhortaciones que continuamente daba a las Hermanas se lee:

- Hacer todo por amor a Dios.
- Mirar a Dios en todos los acontecimientos.
- Las alabanzas de los hombres desaparecen como humo, ustedes pertenecen exclusivamente a Dios y solamente deben agradarlo a ÉL.
- Cumplir la Voluntad de Dios aunque nos cueste la vida.
- Estar siempre férreamente unidas, entonces nadie puede causarles daño.
- Orar constante y fervorosamente.
- Confesarse siempre bien.
- Tener mucha devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a la Virgen y a San José.
- No escribir nunca algo que no lo pueda leer todo el mundo.
- Decir siempre la verdad.

MUERTE DEL PADRE REINALDO

En más de una ocasión estuvo el Padre Reinaldo al borde de la muerte. Basta recordar el peligro inminente durante la persecución religiosa en el Ecuador en la cual demostró su amor y fidelidad a Cristo y a la Iglesia, estando dispuesto a dar su vida antes que traicionar sus principios como católico y Ministro del Señor: Más tarde, víctima de la caridad asistiendo a soldados enfermos de tifo, contrajo la entonces temida enfermedad que lo llevó a los umbrales de la eternidad. Fue en esta ocasión

cuando, gracias a las suplicas fervientes y promesa hecha por la Madre Caridad de que la Congregación rezaría a perpetuidad los dolores y gozos de San José, el Padre recobró la salud y la Congregación pudo disfrutar unos cuantos años más de su apoyo y consejo y de su benéfica y desinteresada entrega, siempre con la mira de procurar por ella la seguridad, el crecimiento y su extensión.

A pesar de su débil complejión física, seguramente secuelas de las inclemencias sufridas en la huida del Ecuador y las consecuencias del tifo, siempre cumplió con sus deberes a cabalidad. Su salud poco a poco se fue minando a causa de una seria afección al corazón. Llegó lo inevitable ... el 29 de diciembre de 1925, la Madre Caridad y las Hermanas de la Congregación, en medio de la más grande consternación y con profundo sentimiento de dolor, tuvieron que dar el adiós definitivo a su FIEL Y LEAL Capellán, título con el que siempre firmaba sus cartas y que son el compendio de lo que construyó en su vida en relación a la Congregación, que desde el cielo continuará llamando suya.

El 24 de diciembre, vigilia de Navidad, el Padre Herbrand cantó en la catedral el Oficio Divino, después celebró fervorosamente la Santa Misa y se quedó oyendo confesiones hasta las 10 de la mañana. A la una de la tarde sufrió un ataque al corazón y tuvo que guardar cama, no pudiendo levantarse para la Misa de Nochebuena, aunque comulgó con toda unción después de ella. En los dos días siguientes tuvo una leve mejoría, pero el sábado a las 9 de la noche se repitió el ataque, entonces recibió con piedad edificante los últimos Sacramentos porque el doctor Gavilanes lo declaró desahuciado.

El día 27 a las 2 de la tarde llegaron de Túquerres la Madre Caridad y la Madre Inés y encontraron al Padre en estado de suma gravedad: él las vio y un rayo de paz iluminó sus ojos pues no perdió nunca el conocimiento, pero no pudo hablarles, los ataques al corazón y al cerebro lo habían privado del uso de la

palabra. Desde el primer momento se dieron cuenta que debían estar preparadas para un desenlace muy triste.

El Padre Hecker llegó por la tarde de su parroquia La Florida: y el Rvdo. Padre Estanislao, vino del Caquetá para saludar al Rvdo. Padre Herbrand: no sabía que estaba enfermo y al encontrarlo en tal estado, se quedó con él hasta que murió. Ante la gravedad del Padre, el Vicario General avisó a los tres sacerdotes alemanes para que vinieran cuanto antes a Pasto. Se hizo presente el padre Kleinschmidt a las 5 de la tarde del día lunes y el Padre Pfeiffer el martes por la tarde. El domingo y lunes llegaron muchísimos sacerdotes para visitar al enfermo y cada uno le dio la santa absolución, la recibió por lo menos 20 veces, y siempre lo acompañaron de dos a tres sacerdotes.

El 28 de diciembre se notó que su estado de salud era extremadamente grave y que su muerte estaba próxima, pero el enfermo, hasta el último momento, se daba perfecta cuenta de todo lo que pasaba. A la 1:30 de la mañana del día 29 de diciembre rodeado de los sacerdotes amigos y de la comunidad que había amado tanto y que amaba hasta el fin, entregó su alma a Dios después de una agonía de 1/4 de hora.

El Hermano Julio, de la Comunidad de San Juan de Dios, y el Padre Estanislao le hicieron los últimos honores y lo colocaron en el ataúd. Este último celebró la Santa Misa a las tres de la mañana y las religiosas del Liceo de La Merced y las niñas internas participaron en ella.

El día siguiente al fallecimiento, se celebraron los funerales. El traslado a la Catedral fue muy solemne, gran muchedumbre de personas lo acompañaron y recibió muchas coronas que adornaron su tumba. El cadáver fue sepultado en el lado izquierdo de la capilla del Inmaculado Corazón de María.

El séptimo y el trigésimo día, hicieron celebrar las ex-alumnas de Túquerres que vivían en Pasto, Santas Misas por el eterno descanso de su alma, lo mismo hicieron las que vivían en Túquerres.

En todo Pasto y Túquerres se sintió profundamente la muerte del Capellán, como solían llamarlo; todos eran conscientes que dejaba un vacío difícil de llenar, porque tanto en una, como en otra población se sintió la influencia del inteligente, sabio y santo Sacerdote que no escatimó ningún trabajo que redundara en bien de todos. En la “Ilustración Nariñense” se lee: Es preciso y justo decir, que a él le debe la educación de la mujer en el sur de la República en los últimos 30 años sus mayores adelantos. Esto no es de extrañar puesto que era un verdadero pedagogo que estuvo siempre al tanto de los más modernos métodos de educación.

Su muerte ha producido en todas las clases sociales un duelo profundo que el correr de los años no ha de extinguir jamás. Porque fue justo, prudente, humilde, caritativo y sabio descanse en la paz del Señor.

Prueba del aprecio y grande estima de que gozaba el Padre Herbrand fueron las manifestaciones del duelo de toda la ciudadanía que en una u otra forma demostraron su pesar por la desaparición de tan preclaro sacerdote. La Alcaldía Municipal de Túquerres y la Dirección General de Instrucción Pública de Pasto, promulgaron Decretos honrando su memoria.

DECRETO No. 26

Por el cual se honra la memoria de un Sacerdote Católico. El Alcalde Municipal del Distrito de Túquerres, en uso de sus atribuciones legales, y

CONSIDERANDO:

Que el telégrafo en la mañana de este día comunicó la muerte del Reverendo Padre Reinaldo Herbrand acaecida en la ciudad de Pasto,

Que el Reverendo Padre Herbrand de procedencia alemana, dejó su patria, para venir a estos lugares, lleno de abnegación y demás virtudes y se consagró a prestar importantes servicios de

su Ministerio Sacerdotal en todo este Municipio, distinguiéndose por sus importantes dotes para dirigir el Colegio de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, a cargo de las Reverendas Madres Franciscanas, así como también como Profesor en el Colegio de San Luis Gonzaga.

Que en el Colegio de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, se han educado muchas señoritas de este Distrito y de otros del Departamento,

Que el extinto, laboró siempre con el decidido celo de un Sacerdote virtuoso y ejemplar por el mantenimiento del Colegio y por todo lo relacionado con el engrandecimiento de Túquerres,

Que por sus virtudes e ilustración fue elevado por el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo de la Diócesis, a la dignidad de Canónigo de la Catedral de Pasto,

DECRETA:

Art. 1o. La Alcaldía del Municipio de Túquerres, deplora la muerte del Reverendo Padre Reinaldo Herbrand y recomienda sus virtudes a la memoria de los habitantes de este Distrito.

Art. 2o. Un ejemplar autógrafo de este Decreto se remitirá a los Canónigos de la Catedral de Pasto, por conducto del Ilustrísimo y Reverendísimo Vicario General, y otro a las Reverendas Madres Franciscanas de esta ciudad.

Publíquese por bando.

Dado en Túquerres a los veintinueve días del mes de diciembre de mil novecientos veinticinco.

(fdo). El Alcalde Municipal del Distrito,
Cerbeleón Mora B.
El Secretario, Alberto Ortiz.

RESOLUCIÓN No. 52

La Dirección General de Instrucción Pública del Departamento,

CONSIDERANDO:

Que en la madrugada de hoy, falleció en esta ciudad, el Señor Canónigo Reinaldo Herbrand,

Que el ilustre difunto prestó muchos, importantes y valiosos servicios en el ramo de la Instrucción Pública,

Que la consagración y la puntualidad en el cumplimiento de sus deberes fueron los distintivos que lo caracterizaron y que por lo tanto es de justicia tributarle los honores debidos a los varones prestantísimos,

Que como practicante de la caridad cristiana, fue fiel imitador de las virtudes de Jesucristo,

RESUELVE:

1o. Deplorar la desaparición de tan ilustre Sacerdote y dejar constancia de su voto de pesar.

2o. Ordenar que los empleados de la Dirección General de Instrucción Pública asistan a los funerales y entierro del Señor Canónigo Reinaldo Herbrand.

3o Las escuelas tanto de varones como de mujeres de esta ciudad irán en peregrinación a la tumba del distinguido difunto a depositar una corona en señal del pesar causado por esta desaparición, acto para el cual señalará la fecha el Señor Inspector Escolar del centro quien llevará la palabra.

4. Sendos ejemplares autógrafos de la presente Resolución se enviarán en nota de estilo al Ilustrísimo Deán del Capítulo Catedral y a las Reverendas Madres Franciscanas de las distintas poblaciones del Departamento.

Comuníquese y publíquese.

(fdo.) P/el Director

El Oficial Mayor, Vicente J. Cárdenas

El Oficial Segundo, Marceliano Márquez

Lo que significó para la Madre Caridad y para la Comunidad la muerte del Padre Herbrand, quedó consignado en la crónica de la Congregación y en la carta que ella dirigió a España al Capuchino Rvdo. Padre Gaspar de Cebrones, amigo y compañero del Padre Herbrand en el Ecuador y quien acompañó a la Madre Caridad y a las primeras Hermanas en el viaje de Chone a Túquerres en marzo de 1893.

También es digno de conocerse el relato de los sentimientos que despertó en las comunidades la noticia del fallecimiento del Padre Herbrand; esto podemos apreciarlo en el extracto de la crónica de una de las fraternidades.

“Del dolor que sufrimos las Superioras y Hermanas por la muerte del Reverendo Padre Herbrand es mejor callar, solamente Dios puede saber cuán grande es, como Él sólo, sabe también lo que la comunidad ha perdido con su muerte. Que el amado difunto siga siendo nuestro amigo e intercesor delante del trono de Dios, que nos alcance de su infinita misericordia otra vez un Capellán que nos guíe y conduzca por el camino de la santidad para afirmarnos más y más en la esperanza de poder encontrarnos en la eternidad con nuestro buen Padre. ¡Buen Dios!, recompensad abundantemente a este Padre y celoso Director de almas según los deseos y gratitud que sentimos en nuestros corazones. Con muchísima pena y dolor ha terminado este año; quiera Dios que el nuevo sea un año lleno de gracias y bendiciones”.

Túquerres, enero 14 de 1926

J.M.J.Fr.

Muy Rvdo. Padre
Gaspar de Cebrones
Digmo. Vicario de los Rvdos. PP.CC.
Salamanca

Muy Rvdo. Padre:

Profundamente apenada me dirijo hoy a Vuestra Rvcia. para comunicarle el triste e infiusto suceso del fallecimiento de un amigo y compañero suyo en el sufrimiento, y Padre amante y Protector desinteresado nuestro, del Rvdo. Padre Reinaldo Herbrand (q.d.D.g.), que acaeció el 29 de diciembre del año pasado. Ciertamente, la mano de Dios hirió a nuestra Comunidad con un golpe durísimo, pero Él nos lo dio, Él nos lo quitó, su Stmo. Nombre sea bendito.

Durante 30 años trabajó el Rvdo. Padre Herbrand por nosotras con incansable celo, teniendo en mira tan sólo la gloria de Dios, y el verdadero bienestar de cada religiosa en particular como el de la Comunidad en general, que él amaba corno a la niña de sus ojos. En noviembre de 1922 fue designado canónigo de la catedral de Pasto, empleo que le exigió mucho trabajo y grandes sacrificios, pues, además de los deberes que le impuso el propio estado, tuvo que hacerse cargo del canto en dicha catedral. Sin embargo, consideró como su primera obligación la dirección de nuestra Congregación: vivía con nuestras Madres en Pasto.

Hace poco estuvo aquí por tres meses desde el 12 de agosto hasta el 12 de noviembre, fecha en que partió nuevamente para aquella. Su salud estaba ya bastante quebrantada, mucho tiempo ha, como V. Rvcia. habrá sabido sufrió del corazón y bronquitis, no obstante, en la novena de la Inmaculada Concepción predicó todavía todos los días, así mismo la del Niño Jesús, la hizo con toda la solemnidad, el último día de ésta, 24 de diciembre, le dio el primer ataque, que se repitió el 27 a las 9 de la noche, y le privó del habla tres horas después. Al día siguiente el Señor Vicario General doctor Don Juan Bautista Rosero, llamó a los padres Alemanes, Rvdo. Padre Kieinschmidt, Hecker y Pfeiffer, quienes acudieron inmediatamente. También nuestra Madre Superiora General, Sor María Inés y yo, tuvimos la dicha de asistir a nuestro amado Padre en los últimos días de su vida y

cerrarle los ojos, así es que dos días después del último ataque, a la 1 1/4 de la mañana, día 29 de diciembre entró el Padre en agonía y a la 1 y 1/2 expiró tranquilamente en el Señor, estando presentes el Rvdo. Padre Kleinschmidt y el Rvdo. Padre Hecker; el Rvdo. Padre Pfeiffer ya no alcanzó, pero sí asistió al entierro. El Rvdo. Padre Estanislao de las Cortes, quien por permisión de Dios había venido para visitarlo lo encontró moribundo; todas las religiosas de la casa de Pasto, (21) la Madre Superiora y yo estuvimos presentes. ¡Hora tremenda de la muerte!

Siendo yo mayor que el Padre, nunca pensé que habría de asistir a este tan triste acto. Suplico a Vuestra Rvcia. se digne tenerle presente en sus santas oraciones para que Dios le conceda pronto el eterno descanso, y también a mí, a fin de que Dios me ayude en mis últimos momentos, y por fin a toda nuestra Congregación para que perduren en ella los sentimientos del amado difunto y se pongan en práctica sus consejos y exhortaciones. El sentimiento por la muerte del Padre fue general, su entierro solemne, y todos manifestaron que habían perdido un verdadero Padre.

No sé, si el Rvdo. Padre Herbrand comunicaría a V. Rvcia. que tuvo el gran consuelo de ver aprobadas nuestras Constituciones, producto de su constante trabajo y anhelo por dejarnos esta preciosa herencia según el consejo de V. Rvcia. Esto sucedió el 25 de noviembre de 1922, aprobación que obtuvimos juntamente con el Decretum "Laudis". Que Dios le recompense al Padre en la eternidad y a V. Rvcia. ya desde ahora todo su celo e interés por nuestro bienestar.

Saludándolo cordialmente en nombre de la Madre Superiora General y en el mío propio, y deseándole feliz conservación, me es grato suscribirme.

de V. Rvcia. Affma. y S. S. en Cristo,
(fdo) Sor Ma. Caridad

DICIEMBRE 29 DE 1925

Murió el Padre Reinaldo Herbrand!!!

"¡Nuestro Padre!" Lo llamábamos todas, y teníamos en ello razón: amó a nuestra Comunidad con ternura verdaderamente

paternal. Para el Padre Reinaldo no existió el egoísmo; participó de todo a nuestro lado, tanto de las alegrías como de los pesares. El buen nombre de la Congregación le preocupó sobremanera más que todos los honores que hubiera podido conquistarse. Fue para la Madre Caridad, lo que San Juan de La Cruz , para Santa Teresa.

¡Adiós Padre Reinaldo, adiós! Protege desde lo alto del cielo donde tienes tu mansión segura, a nuestra venerada Comunidad que jamás podrá recordarte sin sentirse como envuelta en un oleaje de filial gratitud y amor.

TESTAMENTO

El testamento del Padre Reinaldo es un fiel reflejo de lo que fue su vida: pobre, sencilla y de una profunda espiritualidad.

Para el caso de morirme yo declaro:

Pobre he vivido y pobre quiero morir.

No tengo fortuna pero tampoco deudas, ni estipendios de Misa.

Mis libros, vestidos y todas las demás cosas de mi uso, las dejo a las Reverendas Madres Franciscanas de Túquerres.

Los libros de Teología y Moral y los demás que son para Sacerdotes se entregarán a la Curia para estudiantes pobres.

Por los pocos servicios que como Capellán les he prestado, suplicoles humildemente a las Reverendas Madres Franciscanas me hagan un entierro del todo sencillo y pongan sobre mi sepulcro una cruz de madera. Monumento sepulcral no quiero.

Confío también en la promesa de las Reverendas Madres de que en sufragio de mi pobre alma harán celebrar las Santas Misas Gregorianas además de las otras que harán celebrar por mi eterno descanso.

Escribirán también a mis parientes en Alemania, suplicándoles me encomienden a la Divina Misericordia.

¡Dios sea bendito! Jesús Misericordia...
¡María Santísima, Virgen Inmaculada, favorecedme!...
¡San José mi gran Protector, ruega por mí!...
Santos y Santas de mi devoción, rogad por mí!...
Reinaldo Herbrand, Pbro.

Agradezco de corazón a las Reverendas Madres Franciscanas por tantos favores que me han hecho y les pido encarecidamente perdón por todo aquello con que las hubiera hecho sufrir.

¡Ave María Purísima!.. Sin pecado concebida...

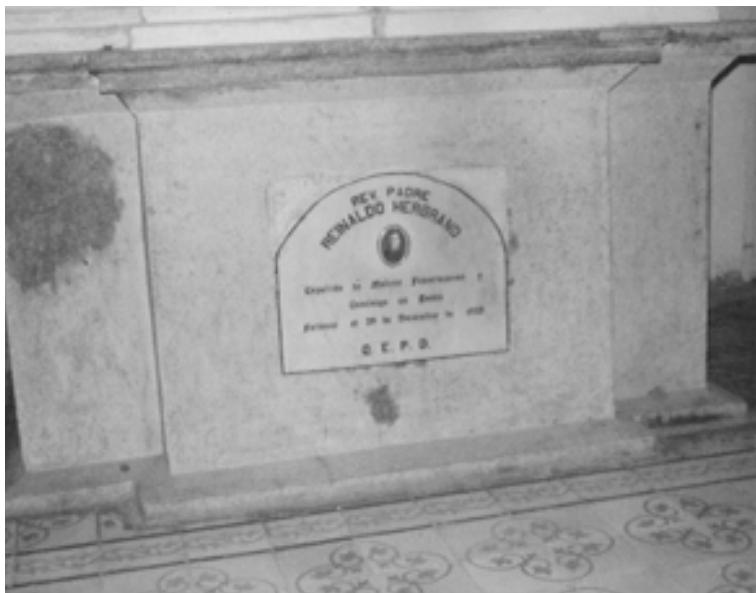
Tumaco, septiembre 6 de 1920

EXHUMACIÓN Y TRASLADO DE SUS RESTOS MORTALES

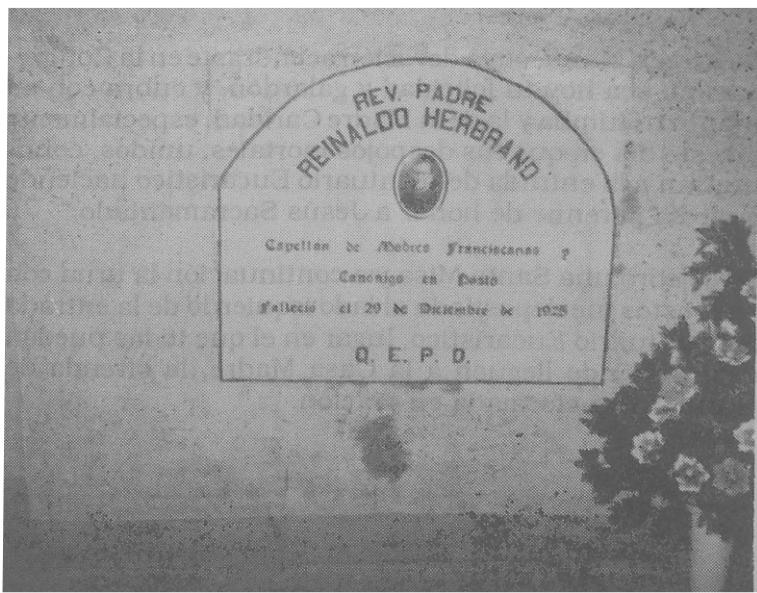
Los restos mortales del Padre Reverendo Reinaldo Herbrand que durante 61 años reposaron en la Iglesia Catedral fueron trasladados al convento de Maridíaz. Era justo que por los fuertes lazos que lo unieron a nuestra Congregación viniera a ocupar el puesto que le corresponde en nuestra Casa Madre.

“Por eso se convino que, para la apertura del proceso de Beatificación y Canonización de la Madre Caridad, considerado como uno de los más grandes acontecimientos en la Historia de la Congregación, el Padre Reinaldo recibiera también el homenaje de gratitud de parte de las Hermanas. Por eso se efectuó el traslado de sus restos al convento de Maridíaz.

A las 10 a.m. del día 25 de febrero de 1986, se efectuó el solemne traslado de los restos mortales del Padre Reinaldo Herbrand, a la entrada del convento de Maridíaz, la Comunidad en pleno, esperaba con gran emoción la llegada de los restos de quien fuera el colaborador inmediato de la Madre Caridad, para tributarle el merecido homenaje de amor y gratitud. A su llegada se le dio la bienvenida con las siguientes palabras:



Tumba que guarda los restos mortales
Padre Reinaldo Herbrand



La Congregación de Hermanas Franciscanas de María Inmaculada está en estos momentos reunida para darte, Padre Reinaldo, la Bienvenida llena de gratitud y de cariño porque vuelves a morar entre nosotras.

Nuestros corazones se transforman en un pebetero que ofrece en tu nombre al Señor Sacramentado, el incienso de una acción de gracias hondamente sentida. Por más de treinta años fuiste nuestro Capellán y hoy espiritualmente lo eres por toda la eternidad.

La Congregación te saluda porque eres el Cofundador, el Padre abnegado, el maestro que repartió sin descanso entre las Franciscanas el Pan de la Verdad, el guía seguro en los difíciles tiempos del comienzo y el experto pedagogo que orientó toda la obra educativa de la incipiente Comunidad. Todavía perdura tu apostolado misionero en el desarrollo de las misiones franciscanas.

Además dejaste en herencia el fruto de tu talento artístico.

Durante media vida compartiste al lado de la Madre Caridad las horas de bonanza y de dolor, y fuiste para ella un sostén insustituible, y una luz para toda su misión de Fundadora.

Padre Reinaldo: desde el abismo insonidable de la eternidad contemplas estas nuevas generaciones de Franciscanas que han recibido de sus mayores un legado de gratitud profunda. Como bendijiste nuestro pasado, también nuestro porvenir se encuentra bajo tu protección.

La Virgen María, cuya devoción accendraste en la Congregación, sea hoy tu felicidad y galardón, y cubra con su manto tu tumba y la de la Madre Caridad, especialmente en este día en que tus despojos mortales, unidos, continuarán a la entrada del Santuario Eucarístico haciendo guardia perenne de honor a Jesús Sacramentado.

Se celebró una Santa Misa y a continuación la urna con sus restos fue depositada al lado izquierdo de la entrada del Santuario Eucarístico, lugar en el que todas pueden dejar, cuando lleguen a la Casa Madre, la ofrenda de gratitud transformada en oración.

**VISITA A LOS INDÍGENAS EN LA
CORDILLERA ORIENTAL DE
COLOMBIA**

Padre Reinaldo Herbrand

PRESENTACIÓN

El relato “una visita a los indígenas en la cordillera oriental de Colombia”, escrito por el Padre Reinaldo Herbrand, narra la fundación de la casa de las Franciscanas en Santiago, población situada en el Valle de Sibundoy.

Su lectura no deja de causar gran admiración porque la Madre Caridad desafiando la misma naturaleza se lanzó a lo desconocido, y solamente impulsada por el celo de la “Extensión del Reino de Dios” se aventuró a efectuar una fundación en aquellas inhóspitas regiones.

¿Y qué decir de las valientes Hermanas que en compañía del Padre Herbrand, emprendieron aquella arriesgada aventura?

Confiado sólo en la protección de Dios y animadas por el deseo de hacer conocer su Nombre, no temieron ni las inclemencias del clima, ni los múltiples obstáculos e incontables dificultades que tuvieron que salvar para realizar esa temeraria empresa que hubiera hecho retroceder aún a muchos de los más arrojados e intrépidos viajeros.

A lo largo de sus páginas, se encuentran datos muy interesantes fidedignos de la vida y costumbres de los pueblos indígenas que habitaban aquellas regiones.

Rindamos un tributo de admiración y gratitud al incomparable y bien amado Padre Reinaldo y a las heroicas fundadoras y pioneras de las obras misioneras de la Congregación.

UNA VISITA A LOS INDÍGENAS EN LA CORDILLERA ORIENTAL DE COLOMBIA

La extensa altiplanicie que se extiende hacia el sud-este de Colombia y llega hasta la cordillera oriental, pertenece a la prefectura apostólica del Caquetá. Hace decenios de siglos trabajaron allí los Jesuitas. Después de haberse ausentado por varios años regresaron en 1842. Cuando se creó la Prefectura Apostólica, en 1904, salieron definitivamente quedando en su lugar los Capuchinos españoles.

La misión progresó mucho, hasta tal punto que en 1907 contaba con siete centros misionales, cinco iglesias, diez capillas, veintiséis escuelas con 1123 alumnos y alumnas y 14.000 católicos. Durante el año se efectuaron 2.500 bautizos y se repartieron 24.000 comuniones. El personal de la misión constaba de 14 padres, 3 hermanos legos, 6 hermanos cristianos, 9 religiosas, 12 maestros entre seglares y catequistas pertenecientes a diferentes nacionalidades, a saber: 12 de España, 10 de Colombia, 5 de Suiza, 4 de Alemania, 3 del Ecuador, 2 de Francia, 1 de Guatemala y 1 de Austria. Los demás eran ayudantes nativos.

Las Hermanas que pertenecen a la suiza alemana, comunidad de Franciscanas de Tübach, se encuentran apenas hace algunos meses en la misión de indígenas. Desde Túquerres, una de las ciudades de Colombia de más alto nivel sobre el mar, donde ellas dirigen la escuela pública de niñas y tienen un Instituto para señoritas, fueron llamadas por el Prefecto Apostólico, a la selva de la misión del Caquetá. Con alegría se ofrecieron varias Hermanas pero solamente les tocó la suerte a tres de ellas. A mí me correspondió el deber de acompañarlas hasta el lugar de su destino.

DE TÚQUERRES A PASTO

Era la fiesta de Santa Teresa, 15 de octubre, cuando en el patio de la Casa Madre de las Franciscanas de Túquerres, montamos a caballo para emprender el viaje; el viejo perro y fiel amigo del convento nos esperaba en la calle. Se nos adelantó con muchos

brincos y ladrido porque entre las misioneras estaba su buena amiga, una Hermana encargada de la cocina del convento, que siempre le daba unos apetitosos huesos. De vez en cuando alguien nos miraba con cara muy alegre, nos deseaba felicidades y la bendición de Dios para este largo viaje.

Desde Túquerres el camino se extiende a lo largo de fértiles campos sembrados de papa, cebada, maíz y trigo. Después de un trayecto de hora y media llegamos a una altura de 3.200 metros y transitamos a lo largo del río Sapuyes; estábamos ante un abismo de 500 a 600 metros de profundidad cuya vista nos producía mareo, ante el cual no dejábamos de sentir cierto temor. Durante tres horas bajamos despacio por campos cubiertos de yerba, en los cuales, día y noche, pacían centenares de vacas, caballos y mulas.

Después de soportar en las alturas una temperatura casi glacial llegamos a lugares más calientes que nos obligaron a quitarnos las prendas, con las que nos resguardábamos del frío. Pronto descendimos hasta llegar a 1000 metros y, desde allí, oímos el ruido de un río muy torrentoso: el Guáitara, afluente del río Patía el cual desemboca en el océano Pacífico. La bajada hasta el valle es muy pendiente y peligrosa por eso preferimos bajarnos del caballo y hacer el trayecto a pie.

Gotas de sudor nos caían de la frente cuando llegamos a la orilla del caudaloso río; el termómetro marcaba 27 grados C. y el barómetro nos indicaba que estábamos una altura de 1.400 mts. Pero... ¿qué es esto?.. un bloque de roca que se había despeñado nos cerraba el paso hacia el puente de piedra. Despacio caminamos sobre las piedras conduciendo a los caballos de lasbridas. Al otro lado de la orilla nos volvimos a montar para salir, lo más pronto posible, de este precipicio donde siempre se está en peligro por las piedras y la tierra que cae constantemente desde las alturas. Hace pocos días cayó una piedra sobre un transeúnte con un impacto tal, que le separó la cabeza del tronco.

Hace cincuenta años, en un sitio muy estratégico construyeron el puente donde se angosta el río; antes la gente tenía que pasarlo en tarabita; ésta consta de una soga muy gruesa que se amarra fuertemente a dos palos situados en ambas orillas, de ella se

cuelga una tabla para sentarse y pasar a la otra orilla o a la eternidad. El actual puente casi lo destruyen los revolucionarios en la última contienda tirando sobre él grandes piedras, pero las tropas del gobierno los sorprendieron y lo impidieron. Todavía esta la piedra medio colgada, y es un constante peligro para el caminante.

Aquí en el Guáitara fue donde los valientes pastusos, fieles al rey, casi hacen fracasar la entrada triunfal de Bolívar, durante la guerra de la independencia, en la cual en algunos encuentros los vencieron totalmente. Casi desesperado, el Libertador contestó a uno de sus oficiales, que le mostró la valiente actitud de sus tropas para empezar la batalla: “Entren, pero no saldrán más”. También en este lugar se creó una “Roca Tarpeya”. Es una roca que cae verticalmente sobre el río: desde arriba los españoles tiraron a los enemigos atados de dos en dos por la espalda. Dicen que esto es verídico, pero también hay quienes aseguran que por el odio entre los partidos políticos esto sucedió más tarde.

Luego subimos por un camino volcánico muy estrecho, que de vez en cuando semeja una escalera de piedra áspera. Aquí hay que ser valiente y estar muy seguro sobre el caballo. Muchas veces toca asirse a sus crines aunque esto va contra las reglas de un buen jinete.

Los muchachos gritan constantemente para llamar la atención a los jinetes o a los arrieros que vienen en dirección contraria para que nos esperen en un lugar donde ambos puedan pasar fácilmente porque no es posible retroceder ni hacerse a un lado. Si en estos caminos se encuentran arrieros borrachos o distraídos que conducen caballos cargados, la única solución es que el más precavido de ellos deje la carga y regrese con el caballo para que el otro pueda pasar. En este momento decisivo muchas veces se suscitan peleas porque ninguno quiere ceder.

Al fin después de media hora de ascenso, bajo un fuerte y quemante sol del sur, llegamos a un camino un poco más abierto que para nosotros fue como un oasis porque encontramos una fuente de agua; pudimos descansar, recomfortarnos al cabo del viaje de cinco horas, ya a caballo, ya a pie, subiendo o bajando, ya por climas cálidos, o por climas fríos. Nos detuvimos un ratico

porque nuestros caballitos también necesitaban un poco de descanso y de alimento. Contemplamos desde nuestro puesto el zigzag del camino que habíamos pasado divisamos los picos de los Andes y el abismo del Guáitara cuyas turbulentas aguas producen un ruido semejante a un ensordecedor trueno. Nuevamente nos montamos a caballo y continuamos nuestra subida, pero ya no de muy buena gana porque tanto los caballos como los jinetes estábamos cansados.

La aldea Yacuanquer, todavía quedaba a tres kilómetros de camino muy pendiente y la tarde ya se acercaba, Después de una hora de viaje llegamos donde una señora conocida que nos invitó a su finca, lo que aceptamos con gusto. Está situada en una hondonada muy hermosa donde reina una eterna primavera; en el abundan los naranjos y los limonares. Parece ser el cráter de un antiguo volcán apagado. Las pendientes de las montañas que son casi verticales se parecen a las puntas de alguna ruina de las viejas fortificaciones del Valle del Rhin. Desde el norte se ha hecho camino hacia el valle una quebrada muy caudalosa y pedregosa que refresca con sus aguas cristalinas y frías esta región, y luego desde una altura de 200 metros se precipita al Guáitara.

En el jardín de la buena señora nos esperaba una grata sorpresa; admirados contemplamos algo así como un paisaje de invierno en este clima tropical. Eran los cafetales en flor que parecían cubiertos de nieve, visitados por centenares de colibríes verdes y azules, que libaban el néctar exquisito de sus flores. A pesar del gozo que sentíamos en este lugar y de la alegría que experimentamos con todas estas bellezas naturales, a la mañana siguiente tuvimos que despedirnos de esta tierra tan hermosa y bajo un fuerte aguacero emprender de nuevo el viaje. Lo único que nos resultó muy molesto fue el descanso nocturno que se vio perturbado por los peligrosos murciélagos, las pulgas y zancudos que nos picaron sin misericordia y no nos dejaron conciliar el sueño.

Después de un viaje de dos horas en zigzag por la orilla de la quebrada, llegamos nuevamente a un clima más suave en una llanura en la que está situada la aldea de Yacuanquer, a 2.680 metros sobre el nivel del mar. Este lugar tiene una historia triste:

en los últimos 20 años los habitantes tuvieron que edificar 3 veces la Iglesia porque cada vez se derribaba apenas inaugurada, pero gracias a Dios esto nunca ocurrió durante el culto divino. Ahora según los planos de un amigo y compatriota el Señor Anton Doering, (actualmente Hermano Melchor, benedictino en el Brasil va a ser edificada por cuarta vez, Dios quiera que esta vez sea para siempre.

Hace catorce años que detrás de este pueblo existía una selva en la cual se encontraban lobos, osos y pumas; ahora solamente quedan unos troncos y grandes extensiones de prados y tierras de cultivo. Él sudamericano acostumbrado a una inmensa riqueza de bosques no sabe conservarlos ni cultivar los campos porque ignora lo que puede brindarle la naturaleza. Inconsciente del mañana, tala y quema los bosques, por eso la escasez de leña se hace sentir en esta altura. El Gobierno ha sacado unas sabias leyes para proteger los bosques pero hasta ahora no se han cumplido.

Ahora llegamos a una altura de 3.300 mts. y gozamos de una vista bellísima. A nuestra izquierda se eleva el todavía no apagado volcán Galeras que tiene una altura de 4.300 metros; su cima está cubierta por una corona de nubes, y el cóndor que es el rey de los Andes lo rodea en su majestuoso vuelo. A la derecha en la lejanía se divisa imponente y azulada la cordillera de los Andes; delante de nosotros a unos ochocientos metros se extiende como un tapete verdoso, el hermoso valle de Atriz que guarda en su seno la perla del sur: la ciudad de Pasto.

EN LA CIUDAD TEOLÓGICA

Nos reconforta tener la ciudad a nuestra vista. Entre los grupos de casas se ven varias iglesias, entre ellas se destaca la torre y la majestuosa cúpula de la nueva Basílica de los padres de San Felipe Neri, construida al estilo romano: y la de los Capuchinos se divisa en lo alto de un monte.

Como una reina, Pasto esta circundada de pueblos y caseríos de indígenas con sus casitas blancas dispersas a lo largo de la loma. La nota distintiva de los habitantes es su profunda religiosidad que le ha valido hasta de parte de los ateos y

masones, el nombre de Ciudad “Teológica” porque en ella no tienen cabida sus ideas ateas y revolucionarias. Dios quiera que se mantenga así.

Pasto tiene cuatro conventos femeninos: Concepcionistas, Bethlemitas, Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl y nuestras Franciscanas. También cuatro conventos de hombres: Jesuitas, Oratorianos, Capuchinos y los Hermanos Maristas. Los Jesuitas, entre los cuales hay algunos de Alsacia, Alemania, dirigen el seminario de Sacerdotes, una escuela y un colegio. Los Oratorianos y Capuchinos también tienen colegios de muchachos y una escuela seráfica, fuera de esto, ayudan activamente en la pastoral. Antiguamente también había conventos de Agustinos, Dominicanos, Franciscanos y Mercedarios pero, unos durante la guerra de la independencia y otros en el tiempo de la revolución, tuvieron que salir de la ciudad.

El comercio, la agricultura y la ganadería es la actividad principal de los pastusos. América del Norte se interesa en entablar relaciones de comercio en estos lugares, pero también los artículos alemanes tienen una gran aceptación. Pasto es el principal lugar de comercio de sombreros, Panamá; la confección de estos sombreros es el único trabajo de hombres, mujeres, jóvenes y viejos en muchos pueblos aledaños.

La materia prima la constituye una paja fina que se extrae de unas pencas que se asemejan a palmas muy bajitas, y crecen en climas cálidos. Muchos comerciantes compran estos sombreros y los exportan a casi todas las partes del mundo.

Pasto da la impresión de una ciudad limpia, casi todas las casas son blancas; algunas tienen construcción al estilo europeo. Las calles son empedradas y por ser muy irregulares ofrecen dificultad para caminar. En el centro y a lo largo de las calles hay un canal por el cual corre una quebrada como si ella desempeñara el papel más importante en el escenario de la ciudad. Desde hace algunos años la ciudad tiene luz eléctrica; la curia episcopal contribuyó para ello con el capital necesario, y los Padres Jesuitas hicieron el plano y dirigieron los trabajos hasta su culminación. Aprovechando la luz eléctrica construyeron un molino para trigo, con su ganancia, se sostiene el hospital de la Iglesia.

En Pasto nos esperaba un alegre recibimiento donde las Franciscanas, quienes dirigen un Instituto y una Normal para señoritas reconocidos por el Estado. Tres días nos quedamos ahí para descansar y para preparar nuestro siguiente viaje que sería mucho más difícil porque teníamos que atravesar la cordillera.

El Prefecto Apostólico ya estaba desde días antes en la ciudad. Apenas supo nuestra llegada se apresuró a ir a saludar a las misioneras y a hacerles recomendaciones acerca de la paciencia que debían tener con los indígenas; esto no era superfluo porque al amanecer el 20 octubre cuando debíamos iniciar el viaje, no apareció ninguno de los que se había contratado.

Estos habitantes de la selva, indígenas de oscura piel, no toman nunca las cosas aprisa, porque saben que como cargueros y guías son necesarios. Había que esperar con paciencia. Apenas al atardecer de este día se presentó un indio a la puerta del convento entre malicioso y tímido. Lo invitamos para que entrara y le hicimos varias preguntas acerca de sus compañeros, pero él sólo tenía una contestación modulada en mal castellano: Yo teniendo mucha hambre. Enseguida se le dio un plato de comida sustanciosa, que comió con voracidad, y además tomó mucha chicha. La cuchara la usó solamente para probar la sopa; demostró que le gustaba bebiéndola directamente del plato; para comer la carne y los plátanos, lo dedos reemplazaban el tenedor. Entre tanto llegó otro de los indígenas y el primero le pasó el plato que éste aceptó gustosamente; entre los dos consumieron varios platos de sopa. Para demostrar que estaban contentos se volvieron más sociables y empezaron a hablar.

Lo primero que quisieron saber se relacionaba con las personas que iban a viajar con ellos. Al presentarnos no miraron de pies a cabeza, entonces el mayor pidió permiso para pesamos. Me cogió de la cintura y me levantó; el resultado de la prueba le satisfizo. Dijo a su compañero algunas palabras en quechua que yo no entendí. Cuando lo averigüé contestó: que su merced es muy pesado, le falta poco para 6 arrobas. Efectivamente me había pesado muy bien. Quería también pesar a las Hermanas, pero esto no se lo permitimos, le explicamos que podía hacerlo al día siguiente cuando las cargarán en las sillas. Después de esto los dos salieron.

Presentimos, que atraídos por la comida llegarían los otros y así sucedió. Con la noticia de la buena alimentación que se les había dado a los dos, llegó un grupo de indígenas al convento. Hombres, mujeres y niños que consumieron en un momento todo el contenido de la olla. Apenas por la tarde todos salieron del convento muy satisfechos y con la promesa de volver al día siguiente con los que faltaban, para emprender el viaje hacia la misión.

A la mañana siguiente llegó un grupo más numeroso de indígenas guiados por Francisco, su jefe. Cuando se les dio el alimento atendiendo así a su primordial necesidad, les leímos la lista de los cargueros que nos había dado el prefecto apostólico: todavía faltaban ocho hombres sin los cuales no podíamos empezar el viaje. Enseguida tomé a Francisco aparte porque entendía bien el español y me pareció el más inteligente: le puse en sus manos una moneda de 2 marcos pidiéndole buscara lo más pronto posible a los cargueros que faltaban para que las Hermanas pudieran llegar a la misión lo más pronto posible. Él me prometió casi con juramento que iba a satisfacer mis deseos, que podía tranquilamente confiar en él. Grande fue mi sorpresa cuando al contarle al Rvdo. Padre Prefecto, el obsequio que le había hecho a Francisco, me lo calificó de una gran imprudencia. Después me di cuenta que tenía razón.

Francisco juntó a su gente pero no para traerla al convento, sino para emborracharse y terminaron en la cárcel; esto sucede también entre los civilizados. Ante esto tuve que irme yo con el Prefecto Apostólico donde el comandante de la ciudad. Me causó gran admiración encontrar a éste vestido con un uniforme de General prusiano, no le faltaba ni siquiera el penacho; lo había recibido como regalo del presidente de la República; pero a pesar de su aspecto de guerrero, nos recibió muy cordialmente y nos prometió dejar hasta el día siguiente encarcelados a los indígenas, y llevarlos luego custodiados al convento de las Franciscanas, lo que efectivamente hizo. Con todos estos contratiempos solamente pudimos salir de Pasto el 22 de octubre a las 9 de la mañana después de que todo estuvo empacado y pesado.

3. HACIA EL LIMITE DE LA CIVILIZACIÓN

Nuestra caravana constaba de 40 personas y era muy pintoresca: por eso atraía muchas miradas curiosas. Adelante iba el Prefecto Apostólico, con su hábito café de Capuchino y un sombrero de ala grande; le seguía a pie un grupo de indígenas, unos treinta hombres, algunas mujeres y niños. Los indios estaban envueltos en una tela que les caía desde la cintura hasta media pierna, cubierta la parte superior con un poncho. Las mujeres con vistosas telas rojas, grises y azules: luego cuatro jinetes: tres Franciscanas y una señorita colombiana que se unió al grupo para ir a trabajar en la escuela de la misión: por último yo cerraba la caravana acompañado por dos blancos que iban a pie al lado mío.

Los que íbamos de último teníamos la obligación de vigilar a los indígenas, que iban uno tras otro, para impedirles que se desviaran entrándose a las tienda donde había chicha, o evitar que alguno se fugara. Pero nos fue muy mal, porque los maliciosos indios pronto se dieron cuenta de que éramos novatos en este asunto y uno dijo que tenía que ir a cobrar una deuda y se fue; otro que le faltaba un atado de cebolla y un tercero que tenía que conseguir lo que necesitaba ponerse en la frente para sostener la silla. Otro más, que se le había ido la mujer y por último uno desapareció en una zanja. Todos estos motivos mal que bien debíamos aceptarlos.

En una llanura frente a la ciudad el Prefecto Apostólico nos hizo parar. No pudo dejar de reírse cuando vio que faltaban varios de los indios. Los desertores se unieron de nuevo en el pueblo de La Laguna, última estación en esta cordillera.

Desde este fértil y ondulado valle, debíamos empezar otra vez el ascenso. Parecía que venía a nuestro encuentro descendiendo desde una montaña una torrentosa quebrada. A ambos lados de sus orillas había grandes haciendas donde en medio de muy buenos pastos pacía el gordo ganado. En estas laderas de las montañas el indígena cultiva su parcela casi siempre con la ayuda de unos bueyes. En el año hay una o dos buenas cosechas de trigo, cebada y papa: estos productos los venden en la ciudad de Pasto. Con la lana de las ovejas el indio se fabrica sus vestidos. Su casa es muy sencilla, cubierta con paja, gene-

ralmente blanqueada y rodeada de flores o de verduras.

Aquí en el sur de Colombia todavía hay muchos valles y praderas en los que se divisan veredas de indígenas que están agrupadas alrededor de una Iglesia, lo que les recuerda su morada en el cielo. Según mi parecer, muchos trabajos de las regiones más industrializadas y adelantadas de Europa, pudieran tener envidia de la suerte de estas colonias de indígenas cuyo progreso da testimonio del buen método de cristianización de los españoles, aunque a veces se pone en duda, debido a que, por egoísmo e intereses personales, no siempre se dejaron guiar por la caridad cristiana y por lo tanto en otros lugares no fueron tan buenos los resultados.

Después de unas dos horas y media de camino llegamos al pueblo de La Laguna que se encuentra a unos 200 mts. más alto que Pasto y recibe su nombre del gran lago La Cocha, que se ve desde aquí cuando hay buen tiempo pero que queda a medio día de viaje. Un Padre Capuchino hace de párroco en este lugar. Según su acertado consejo hicimos un alto, aunque el sol no había llegado todavía a su cenit. No nos tuvimos que arrepentir porque de los indígenas que se habían ido no había regresado ninguno. Cuando ya estaba todo oscuro llegaron borrachos. Aleccionados por esta experiencia, los encerramos a todos en la casa cural, de la cual les era imposible escapar por tener unos muros muy altos.

Las Hermanas encontraron hospedaje en la escuela y allí les dieron una buena comida. Poco a poco enmudecieron los cantos melancólicos de los indígenas que pueden ablandar hasta las piedras, pero también pueden enfurecer a los que tienen que escucharlos.

Al otro día a las cinco de la mañana debían presentarlos todos como soldados para recibir un buen desayuno y a las seis partió nuestra caravana subiendo hacia la selva; el Prefecto Apostólico se fue atrás.

El camino presentaba de vez en cuando, profundos pantanos, a pesar de lo cual en el transcurso de dos horas habíamos subido 500 metros y llegábamos a la división de las vertientes que encauzan sus aguas hacia el Atlántico y hacia el Pacífico. Una

alegre sorpresa nos causó ver esta extensa selva a nuestros pies; entre la misteriosa oscuridad de los gigantescos árboles se ve como un majestuoso espejo la laguna de La Cocha que tal vez en extensión no está muy lejos del lago de Constanza. Sus aguas buscan una salida en dirección sur-este por el río Guámez, que llega al Putumayo, el que a su vez es afluente del Amazonas. Una islita selvática muy idílica, adorna este lago. En ésta los venerables Padres Capuchinos levantaron una capilla a la Virgen María en la cual se encuentra una hermosa estatua de la Inmaculada Concepción, patrona de la misión.

En verano vienen muchos visitantes del altiplano especialmente de Pasto, como turistas o también como peregrinos. En una canoa se llega a la isla en media hora. El Prefecto Apostólico nos cuenta que la superficie del lago no es siempre tan mansa sino que a veces se pone muy turbulenta. Hacía unos meses había naufragado una canoa con siete leñadores pobres cuyos cuerpos nunca pudieron encontrarse. A la orilla de este lago hace poco se estableció una familia suiza, a la cual también se agregó un ruso. Ellos trabajan en agricultura y ganadería; Dios quiera que les vaya bien.

En este lugar nos dejó el Prefecto Apostólico porque algunos asuntos importantes de la misión hacían necesaria su presencia en Pasto. Lo sentimos mucho, porque ¿Quién iba a mantener juntos a los indígenas? Él nos tranquilizó diciéndonos que una vez pasada la división de las vertientes, los indígenas son mansas ovejas; encomendándonos mutuamente en la oración, nos sepáramos.

4. EN LA SELVA

Ahora empieza la marcha por la selva que es el trayecto más difícil del viaje porque ya los caballos no nos servían y por lo tanto los devolvimos a sus propietarios en Pasto. Las Hermanas y la señorita subieron a las sillas que los indios llevaban a la espalda. Tres cargueros se reemplazaban mutuamente. Yo procuraba seguir el paso de los indígenas con la sotana alzada, los pantalones subidos encima de las rodillas y con un bastón en la derecha. Solamente cuando el pantano era muy hondo y me faltaba el aliento me servía de la silla; también las Franciscanas

marchaban valientemente a pie cuando el piso de la selva se lo permitía o por compasión con los cargueros. Para gran sorpresa nuestra los indígenas aquí en la selva estaban como cambiados, se mostraban hasta corteses y condescendientes. Nos llamaban la atención sobre los puntos más peligrosos del camino nos daban la mano para pasar los precipicios y en los trayectos pantanosos nos ofrecían las sillas. Muchas veces me agarraba de los hombros del que más cerca se encontraba para atravesar sospechosos huecos y charcos fangosos. Felizmente, y todavía bastante limpio llegamos a la orilla del hermoso lago. Delante de la choza de un leñador hicimos un alto para descansar y tomar unos alimentos. También el propietario de esta choza pajiza nos acompañaba alegremente porque me reconoció como su capellán del ejército durante la última revolución. Como sobremesa nos obsequió leche fresca de sus tres vaquitas. No quiso aceptar dinero, en cambio me pidió que bendijera sus campos lo que hice gustosamente también le prometí enviarle ocasionalmente pólvora municiones para que pudiera ahuyentar los fantasma que dizque los molestaban de noche desde la selva.

Proseguimos nuestra marcha envueltos en la oscuridad de la selva subiendo y rodeando en parte el lago, cuya aguas plateadas se observan de vez en cuando a través de los gigantescos árboles. Todos íbamos a pie porque caminar en el bosque sobre el suelo acolchado de musgo y hojas es muy agradable. Pero pronto cambió el panorama; se presentaron negros abismos que había que atravesar por un puente improvisado con dos troncos de árboles; otras veces nos cerraba el paso un inmenso árbol caído; con dificultad salvamos estos obstáculos ayudándonos mutuamente. Más de una vez los cargueros se hundían en el fango hasta las rodillas; las espinas, cactus y ortigas probaron nuestra paciencia. Hasta nuestro "ami" que siempre iba a la cabeza del grupo se le acabó su placer, como pidiendo auxilio se nos acercó. Una enorme masa de tierra, árboles, raíces y piedras se había precipitado al abismo e impedían el paso de las aguas de una quebrada formando así un pequeño lago. No quedaba más remedio que buscar otro camino; algunos indios iban adelante para abrir un nuevo paso, cortando ramas; después de media hora de fatigante andar encontramos el camino que habíamos dejado.

Los indígenas no se inmutan en lo más mínimo con semejantes contratiempos; la selva es su patria. Pero debo dejar consignado aquí, que la madre naturaleza nos proporcionó muchas sorpresas. Algunos de los gigantescos árboles caídos formaban como arcos de triunfo más hermosos que los que la mano del hombre pudiera fabricar. En sus troncos cubiertos de una gruesa capa de musgo crecían maravillosos ramos de orquídeas de diferentes formas y colores, y se veían grandes y delicadas hojas de helechos que semejaban pañuelos de encaje que con sus suaves movimientos nos refrescaban. Multicolores colibríes volaban inquietos, piando sobre nuestras cabezas como para demostrar que nuestra presencia no les era agradable porque les estorbábamos su soledad selvática.

Después del desayuno junto al lago, emprendimos una marcha fatigosa de 4 horas y llegamos al reino de los frailejones de los cuales hay muchas clases. Aquí son gigantescos: la singular planta se levanta en un grueso tronco de unos 4 a 5 metros y tiene hojas como de fieltro cubiertas de un color gris blancuzco que las protege contra los helados vientos y granizadas en estas alturas de 3.800 metros. A los pobres indios que son sorprendidos por la noche en esta desprotegida región les dan estas gruesas hojas un buen abrigo. Se pueden comparar estas plantas con el Edelweiss de los Alpes por sus semejanzas.

Pronto le dimos la espalda a estas alturas y bajamos hacia la región del río Putumayo el cual corre hacia el Amazonas. Mientras tanto avanzaba la hora y ya eran las cinco. Era urgente parar para organizar unos ranchos en donde pudiéramos pasar la noche porque a las seis empieza la oscuridad; además se desató un fuerte aguacero. De los indios que despachamos para que buscaran un lugar apto, regresó muy pronto uno de ellos asustado porque una danta con su cachorro se había abalanzado contra él; tales animales generalmente no atacan al hombre a no ser para defender su cría. Las alegres llamadas de los otros indios nos presagiaron que habían encontrado algo bueno. La sorpresa fue muy agradable al ver que en este paraje había tres ranchos viejos, pero aún en buen estado, que nos protegerían de la lluvia: los misioneros Capuchinos los habían construido. En silencio agradecimos a la Divina Providencia por este beneficio. Uno de los ranchos se reservó para las tres

Hermanas, la señorita, los dos peones y yo; en los otros dos se acomodaron los indios. Pronto todos se pusieron en movimiento; unos indios trajeron grandes hojas para tapar unas goteras del techo, y para nuestro rancho improvisaron una pared para evitar una corriente de aire: otros prepararon la leña para el fogón, las mujeres y niños trajeron agua limpia y se ocupaban del fuego. Antes de que la noche nos envolviera ya estaba hirviendo la sopa que, desde nuestro idílico fogón, despedía un agradable aroma.

Después de una corta oración comunitaria nos acostamos en el suelo cubierto de palos. Nuestro “amí” vigilaba desde la altura del rancho que tenía apenas tres paredes; solamente una vez latió hacia el cielo estrellado cuando escuchó el grito ronco de un zorro o el aullido de un lobo. Los peligrosos animales salvajes como el puma y el pequeño tigre fueron alejados por la fogata que los indios mantuvieron encendida durante toda la noche.

Cuando el alegre cantar de los pájaros saludó la mañana, bajamos a un valle selvático envuelto aún en una capa de niebla. Seguimos la ruta de una caudalosa quebrada que nos llevaría hasta la meta. La marcha del día de hoy se parecía mucho a la del día anterior, pero era menos fatigosa porque iba bajando. En un lugar de mucho peligro los indígenas me pidieron que rezara por un compañero que había perdido la vida al caer al precipicio pocos días antes; todavía se encontraban en las piedras rocosas unos granos de maíz tostado que llevaba consigo. Juntos rezamos devotamente un Padre Nuestro por su alma y con pensamientos profundos del recuerdo de la muerte, continuamos nuestro camino.

Un desagradable episodio nos sorprendió este día. Los indios conocedores de la región nos habían informado por la mañana que el camino hasta La Chorrera solamente duraría cinco horas y allí un Padre Capuchino con su Hermano nos esperarían con un rico desayuno. Imprudentemente, sin pensar que los indios no siguen el reloj y atraviesan solos la montaña más rápido que toda una caravana, hice repartir entre ellos toda la provisión de víveres que devoraron inmediatamente. Nosotros guardamos solamente un pedazo de pan. En espera del buen desayuno seguimos con ánimo alegre ya saltando sobre piedras o pisando el fango o

esquivando oscuras hendiduras en las rocas. El reloj nos mostraba la una de la tarde, el pedazo de pan ya lo habíamos comido y aún no divisábamos ninguna caída de agua y al hambre se sumaba un terrible cansancio que nos hacía perder buen humor. Para descansar un poco pedí que me llevaran en la silla; como una desgracia no viene sola, un carguero se cayó en un hueco muy profundo hundiéndose hasta el pecho y yo fui tirado a un montón de espinos. Los compañeros lo sacaron riendo a carcajadas; por fortuna no se había lastimado.

Al fin parecía cambiarse nuestra situación. Para pasar una quebrada había un puente de dos troncos hecho recientemente. Al otro lado del mismo nos esperaba el constructor, nuestro amigo el Capuchino, Padre Estanislao, con el hábito levantado hasta las rodillas las mangas enrolladas. Apenas nos vio, nos dio la bienvenida agitando su sombrero Panamá. Hacía dos meses, exceptuando los domingos y días de fiesta el Padre se encontraba en la selva para construir un camino de uno y medio metro de ancho desde la misión hasta Pasto; tres millas están ya terminadas.

El Padre Estanislao nos cuenta de los sufrimientos y de las alegrías que la construcción del camino le ha traído de parte de los indios. Ellos no quieren saber nada de este camino de los blancos y dicen sencillamente: "No es costumbre". Se niegan a aceptarlo porque siempre han transitado por el camino que los lleva por un páramo de 4.000 metros, que también sus padres anduvieron. ¿Qué hay de especial en eso? en el transcurso de los años algunos han encontrado la muerte sorprendidos por las ventiscas heladas, la granizada o el hambre. También temen que con el nuevo camino la invasión de los blancos o colonos ponga en peligro sus tierras; este temor no tiene razón de ser porque las tierras de los indígenas son protegidas por la ley. Cada padre de familia recibe más tierras de las que puede cultivar, pero no tiene derecho de vender por ningún motivo; si se acaba una familia, la propiedad vuelve a la comunidad; esta sabia disposición data del tiempo de la Colonia Española. Donde se conserva esta costumbre como aquí en Colombia los indígenas gozan de bastante independencia y están contentos; en cambio en lugares donde se les entregó la tierra en propiedad, como en algunas partes del Ecuador, se empobrecieron rápidamente y



Hermanas Fundadoras de la Escuela de Santiago con el Padre Herbrand

debido a maniobras de blancos inescrupulosos cayeron en una triste dependencia.

Después de esta interesante conversación el padre sacó de su capucha una flauta fabricada por él mismo y tocó unas lindas canciones a la Virgen María. A nuestras Franciscanas les llamó mucho la atención el color y la forma del sombrero Panamá que usaba el Padre. Ellas no sospechaban cuántos servicios presta el sombrero a un misionero: con el ala retorcida sirve de vasija para beber, otras veces sirve para avivar el fuego o para espantar un perro. Una vez fui testigo cómo un soldado se sirvió el sancocho en la copa invertida de su sombrero. “Una confianzuda gallina” puso un huevo en mi sombrero; naturalmente cuando no lo tenía puesto.

Departiendo con el jovial Capuchino olvidamos hambre, cansancio y mal humor y sin darnos cuenta llegamos a la anhelada Chorrera, eran las tres de la tarde. En un idílico sitio junto a las cristalinas aguas de una quebrada, el Hermano Manuel nos tenía preparado el tardío pero sabroso desayuno. Después de una hora de descanso nos urgía seguir adelante porque para llegar a Santiago, meta de nuestro viaje, nos faltaban todavía dos horas de marcha.

Pasamos el puente adornado en los extremos con arcos de triunfo, escalamos una pendiente y llegamos al punto más peligroso del camino. Teníamos que atravesar las profundas y tormentosas aguas de una quebrada pasando una roca que sobre ella se levantaba casi verticalmente, porque no había otro camino; desde el sitio de descanso ya la habíamos contemplado y el Padre seguramente para no quitarnos el apetito no nos dijo nada sobre este peligrosísimo paso. La roca de 10 metros de ancho solamente presentaba unos contados puntos de apoyo para el pie. Confiado en la protección del Arcángel San Rafael, cuya fiesta se celebraba este mismo día, nos atrevimos a emprender la travesía. En primera instancia el Padre con la cara vuelta hacia la roca y los dedos metidos con fuerza en las hendiduras de la misma, paso a paso llegó al otro lado; allí cogió de un extremo una vara larga y el otro extremo lo agarró fuertemente un indio, e hincados de rodillas, apoyados en la roca la sostenerían debajo de los brazos. Era una medida de seguridad para evitar una caída, lo que nos tranquilizaba bastante, pero

nadie sabía si en un caso dado, nos hubiera servido; tampoco hubiéramos querido hacer el ensayo. Después del Capuchino pasé yo, luego las tres Hermanas y la señorita quien expresaba el deseo de estar más bien en Pasto. Gracias a Dios pasamos sin novedad. Los indígenas habían mirado todo esto con una sonrisa y para mostrarnos cómo se hace, corrieron hombres y mujeres, grandes y pequeños y con una agilidad asombrosa atravesaron la roca aunque llevaban pesadas cargas.

En el nuevo sendero bajamos la montaña y pronto nos sorprendió el galopar de unos caballos; eran cuatro que nos habían enviado desde la misión y alegremente montamos para seguir nuestro camino. Pero nos esperaba una nueva aventura. Él caballo que montaba la Hermana Agustina, cayó súbitamente casi encima de la jinete. Por fortuna el Padre con unos indios la sacaron rápidamente sin ninguna lesión. El caballo había metido su pata trasera en una hendidura de las que hay muchas en este lugar como consecuencia de un terremoto y los obreros del camino se olvidaron de taparlo. Para mayor seguridad seguimos a pie para no tener otro infortunio ya tan cerca a la meta.

5. LOS INDÍGENAS DE SANTIAGO

Pronto salimos de la selva: inmensos campos sembrados de maíz se extendían a ambos lados del camino y nos saludaban con el suave murmullo de sus verdes hojas. En medio de los campos viven sus dueños en sencillas chozas pajizas; son los indígenas del primer centro de misión en Santiago. Curiosos, pero sin saludarnos, nos observaban desde la lejanía y se reían cuando cruzábamos los arcos de triunfo de flores y ramas que habían preparado para nosotros. Los roncos y fuertes golpes de unos mazos sobre troncos ahuecados llevaron la noticia de nuestra llegada a todas las direcciones. Desde el pueblo contestaban con el alegre tin tin de las campanas y con tiros al aire. Casi todos los habitantes, mujeres, hombres y niños venían a encontrarnos. Las mujeres abrazaban alegres a nuestras misioneras y las conducían a la casa destinada para ellas, mientras los hombres con el gobernador a la cabeza, nos acompañaban a la casa de los Padres Capuchinos. Cada uno de los indígenas llevaba una antorcha encendida porque ya había caído la noche. No faltó la banda de músicos que constaba de

dos hombres: mientras el uno tocaba en tono menor una flauta, el otro tocaba el tono mayor sobre una piel extendida en un tronco hueco y que producía un eco que retumbaba en las montañas que rodean aquella región.

El guardián del centro misionero, el Padre Benito Guatemala, nos recibió amablemente; su semblante arrugado pero bondadoso adornado por una barba totalmente blanca reflejaba sus muchos años de vida. Hace 40 años tuvo que salir de su patria con algunos hermanos porque los masones tomaron el mando; después de muchos sufrimientos apenas llegados a Panamá, esa satánica secta los asaltó de noche y asesinaron al Hermano de la Comunidad. El entonces presidente de Ecuador, García Moreno, llamó a estos religiosos a su país para que fundaran conventos en Ibarra y Tulcán; durante veinticinco años trabajaron con mucho fruto. Más tarde debían sacudir nuevamente el polvo de sus pies y venir a Colombia, porque en 1895 el masón Alfaro, tomó el mando en el Ecuador y desde entonces el buen Padre Benito está con los indígenas y ojalá que se cumpla su gran deseo de terminar su vida entre ellos. Al ver este misionero ya anciano que sacrificó toda su vida y sus bienes para beneficio de la humanidad, y en pago sólo cosechó aquí persecución, cruz y sufrimiento, ¿quién no piensa inmediatamente en una recompensa eterna?

La casa de los misioneros es pequeña, bajita y cubierta de paja; hace poco tiempo le pusieron piso de madera a algunas habitaciones, otras tienen solamente piso de tierra. Cerca del convento está la Iglesia que por su techo de paja parece más bien una bodega de almacenar frutas, aunque el presbiterio tiene piso de madera. La inmensa pobreza que rodea aquí a Jesús en el tabernáculo debe doler a todos los cristianos. Sin descanso trabajan los misioneros para mejorar la Iglesia a pesar de que los mismos indígenas proporcionan muchas veces dificultades a los misioneros, porque no les parece bien que el Sacerdote tenga que estar siempre con ellos y dicen: "Antes tampoco era así". Efectivamente, el Sacerdote solamente llegaba cada año y celebraba en tres días la Semana Santa, Pascua de Resurrección, Pentecostés y Navidad. En ocho días todo estaba terminado.

Los indígenas preparaban abundante chicha que tomaban por la noche después de las celebraciones durante este período de fiestas y por eso siempre resultaban acontecimientos molestos. Se notaba en estas circunstancias que en el pensar y sentir de los indígenas estaban muy arraigadas las supersticiones de las generaciones anteriores.

Cuando el actual Prefecto Apostólico quiso cambiar algunas estatuas antiguas por otras que trajo de Europa, para evitarlo se juntaron 200 indígenas y lo amenazaron. El buen Sacerdote necesitó mucha paciencia y sabiduría para convencerlos y hacer finalmente lo que se proponía. Sin embargo, los indígenas durante mucho tiempo rezaban en el lugar donde se habían quemado las estatuas antiguas y hasta encendieron velas. Un viejo indígena que por este acto fue interrogado contestó: “Vuestros santos jóvenes no tienen ninguna experiencia, ¿qué saben ellos de las necesidades de los indígenas?”

Cómo estaban de aferrados estos indígenas a sus viejas costumbres, aunque sin razón, lo demuestra el siguiente episodio: Los misioneros importaron un armonio que los indígenas tenían que llevar desde Pasto hasta Santiago. A medio día llegaron muy cerca del lugar a donde estaba destinado, entonces lo descargaron en la selva y ellos se fueron a tomar chicha, entre tanto cayó un fuerte aguacero. Muy entrada la noche lo llevaron al pueblo gritando y saltando. Al preguntarles el por qué de esta rara costumbre contestó el guía de los que lo llevaban: “No costumbre traer un armonio de día”. Cuentan que hace mucho tiempo sus abuelos habían traído un órgano que tenía un solo registro y lo entraron al pueblo en plena noche.

Al día siguiente de nuestra llegada, apenas salimos de la Santa Misa, a petición de los padres se presentaron los indígenas con unos veinte alumnos entre grandes y pequeños, casi todos amarrados con lazos pues de lo contrario se hubieran escondido. Con sus ojos oscuros miraban con timidez y con miedo, como venados, a sus futuras maestras.

Para ganar su confianza las Hermanas les dieron un poco de sal que para ellos era una golosina especial y como corderitos la saborearon. De repente sus caras angustiadas se tornaron

alegres, porque de improviso una Hermana trajo una cítara y tocó una alegre canción. Como electrizados y muy sonrientes corrieron todos donde la Hermana para ver y tocar esa cosa tan maravillosa. Con gusto ella lo permitió, y así terminó la primera clase.

Hoy el número de las alumnas es de 120 de las cuales ya casi todas llegan voluntariamente. Los indígenas más ancianos estaban en contra de que las niñas fueran a la escuela y para evitarlo empleaban todos los medios posibles e imposibles lo que dio origen a escenas muy graciosas.

Una mamá indígena trajo donde las Hermanas a su niña a la espalda envuelta en telas y decía que todavía era demasiado pequeña, pero cuando la descargó en el suelo resultó que la niña era casi tan grande como la mamá.

Otra indígena, a quien le habían dicho que tenía obligación de traer a su hija, mostró a las Hermanas una muy pequeña y muy débil pero era una niña prestada, pues ella no quería que su propia hija fuera a la escuela. Poco después las niñas de la vecindad descubrieron el engaño y lo contaron a las Hermanas.

Otra de las madres indígenas que vivía bastante lejos del pueblo también trajo a su hija que ya obligatoriamente debía asistir a la escuela pero que, según la mamá, estaba tremadamente coja y por lo tanto no podía venir. Pero cuando la Hermana, que desconfiaba un poco de la cojera de la niña, le trajo un plato de sopa caliente ésta corrió sin prestar atención a lo que le decía la mamá: "cojea, cojea", y con ambas manos tomó el plato de sopa. Todos se rieron, hasta la misma mamá. Con el tiempo la niña resultó una alumna que asistió puntualmente a la escuela.

Dar instrucción a estas niñas indígenas no era fácil sobre todo porque tenían que aprender español, su idioma es el Quechua o Inca. El mismo idioma que hablan también en el Ecuador y en el Perú con algunas diferencias. Las materias que enseñaron eran sobre todo religión, español, lectura, escritura un poco de aritmética, trabajos en la huerta, canto y trabajo manual.

Fuera de las clases las Hermanas se preocupaban también de los enfermos pobres que venían a pedir ayuda. Apenas habían

curado a una pobre indígena cuando ya de todas partes llegaban otros enfermos. En un dos por tres se terminó la reserva de la botica, entonces se emplearon las hierbas medicinales que abundan en la región. Hasta el muchacho que traía el agua para las Hermanas, alumno despierto pero perezoso pidió a la madre Agustina un remedio contra el cansancio; ella le mostró un bejuco haciendo ademán de pegarle y le dijo: este es verdaderamente un remedio muy eficaz contra su enfermedad, entonces el muchacho se levantó de su banquito y rápidamente se escapó.

El centro de misión de Santiago se encuentra en un lugar elevado y tiene una vista muy hermosa sobre el valle siempre verde de Sibundoy que se extiende hacia el oeste y se lo recorre andando a lo largo en 4 horas y a lo ancho en 3. El lugar está rodeado de espesas selvas y colinas que terminan suavemente en el valle. Solamente en el sur se ven las rocas negras del Patascoy, un volcán apagado que se levanta majestuosamente: su última erupción, al comienzo del año 1830 perjudicó fuertemente a la ciudad de Pasto. Algunos geólogos, paisanos nuestros, escalaron esta gigantesca montaña para hacer sus investigaciones. Indígenas ancianos que los cargaron en sus espaldas para llevarlos a esos sitios, todavía se acuerdan muy bien de ellos. Este valle que parece un paraíso, se encuentra a una altura de 2.200 metros con temperatura media de 14 grados. Nunca le falta humedad y por eso es sumamente fértil; papas, trigo, cebada, rábanos y toda clase de legumbres se pueden cultivar maravillosamente.

Los indígenas cultivan casi exclusivamente maíz porque les da menos trabajo y pueden fabricar la chicha que los embriaga. A lo sumo cultivan alrededor de la casa algunos repollos que dejan crecer hasta la altura de las chozas, de ellos solamente cogen algunas hojas para la sopa, así nunca pueden desarrollarse completamente; en cambio las Hermanas cultivan unos que resultan hasta de 25 y 30 libras. Por el centro del valle corre el Putumayo, empezando apenas a mostrar lo que se convertirá en un caudaloso e impetuoso río al ser alimentado por nueve riachuelos que bajan de las montañas. Esta cantidad de agua no encuentra rápida salida en el valle, por eso la tercera parte se ha convertido en ciénagas pero los misioneros ya están pensando

hacer de este valle tan grande, una región fértil utilizando la dinamita.

Después de dos horas de viaje a caballo desde Santiago, llegué con el Padre Estanislao al pueblo indígena de Sibundoy. Los habitantes de este pueblo forman una tribu aparte muy distinta de la de los indígenas de Santiago, tanto en lo que se refiere al idioma como a las costumbres. Así por ejemplo: en Quechua, buenos días se dice “Capari puangui”: buenas tardes, “Chisia pangui”; los Indígenas de Sibundoy dicen: buenos días, “Navaste” y buenas tardes, “Nabujtana”.

Según la historia, los indios “Coches” llegaron desde el Amazonas a Sibundoy como una tribu poderosa, mientras que los Quechuas fueron traídos acá por los misioneros probablemente para suavizar el salvajismo de los otros. Con el tiempo se han de extinguir; ellos son los que más resistencia oponen a la educación cristiana, en cambio se dedican más a la embriaguez y a las malas costumbres.

En el libro parroquial encontré que en uno de los últimos años se registraron 49 bautizos y 50 defunciones; en cambio en Santiago el número de los habitantes aumenta; en un año murieron 49 personas y nacieron 83. Así se ve, aunque en pequeña escala, cómo las buenas costumbres y la moralidad atraen la bendición para los pueblos, y por las malas costumbres se pierde la bendición de Dios. Actualmente los misioneros calculan que el número de los “Coches” ha fluctuado entre 800 y 1.000, en cambio los de Santiago de 200 subieron a 1.500.

Hace 50 años Sibundoy era mucho más grande e importante que Santiago; esto se ve por las ruinas de una Iglesia construida con piedras que seguramente fue destruida en la explosión del Patascoy y reemplazada por una pobre Iglesia cubierta de paja.

Fuera de esas dos tribus de indígenas, en este valle hay una tercera, la de San Andrés que vive hacia el sur de Santiago a una hora de distancia de las anteriores, hablan el Quechua, aunque ya en el saludo por la mañana me di cuenta que no era su idioma original y en cuanto a las costumbres se diferencian poco de los Incas, esto lo ratifica también la tradición.

El anciano Padre Benito me explicó que estos indígenas 200 años atrás, vivían al norte del Amazonas y al oriente de la selva. Una tribu más fuerte los asaltó y los venció; sólo unos pocos de ellos pudieron escapar de la mala suerte de ser alimento de los caníbales de dicha tribu; estos pocos huyeron subiendo el Putumayo hasta el valle de Sibundoy donde se pusieron bajo la protección de los indígenas Incas y poco a poco cogieron su idioma y sus costumbres. También se mezclaron con los de Santiago pero no con los de Sibundoy. San Andrés cuenta apenas con 400 habitantes.

En el extremo oriente del valle, más o menos a una hora de distancia de Sibundoy se encuentra la cuarta población: San Francisco, habitada solamente por unos 400 blancos. Hace 12 años ellos encontraron en esta región un refugio cuando abandonaron una población situada en la cercanía de la montaña llamada “Doña Juana” que nadie pensaba que fuera un volcán; se comprobó que lo era, y muy activo, cuando hizo una espantosa erupción que causó grandes estragos destruyendo casi totalmente dos pueblos: La Mesa y El Tablón.

Al principio estos blancos vivían esparcidos entre los pueblos indígenas. Pronto comenzaron a cambiar sus costumbres y a adoptar las de los indígenas: así, en lugar de los pantalones se pusieron la indumentaria propia de estos y siguieron algunas de sus maneras de vivir nada recomendables. Por esto los misioneros vieron la necesidad de separarlos y les ayudaron a establecerse en San Francisco, lo que resultó muy benéfico porque formaron un pueblo bueno y cristiano, terminando por ser un gran apoyo para los misioneros en la evangelización de los indígenas.

En la escuela encontré unos 40 muchachos y otras tantas niñas. Para dirigir la escuela y enseñar a los niños venía de Sibundoy todos los días a caballo, un Hermano Marista francés que vivía allá con otros tres Hermanos. Una señora estaba encargada de la escuela de niñas.



Indígenas De Santiago Putumayo

6. LA REGIÓN DE LAS MISIONES EN EL CAQUETÁ

Cuando se sale de San Francisco escalando las montañas, después de dos horas se llega a un punto desde el cual se goza de una vista hermosísima: hacia el oriente se divisa como un verde mar la inmensidad de la selva sin que los ojos puedan alcanzar a distinguir su confín; de vez en cuando se ve el brillo de los numerosos ríos que corren hacia el Marañón. Todo esto despierta también sentimientos de melancolía cuando se piensa que en aquella inmensidad de la selva del Amazonas viven todavía, en pleno siglo XX, un centenar de hombres cuya existencia es peor que la de los caníbales que comparten con ellos la selva. Lo que da más tristeza es el pensar que fueron europeos los que vinieron a educarlos y formarlos y por lo tanto son los culpables de la triste situación de aquellos indígenas; además masones y gobernantes ateos de aquella región, con sus nuevas ideas, persiguieron con odio la religión y a los numerosos mensajeros de la fe.

Precisamente a la enorme región del río Amazonas, llegaron Franciscanos, Dominicos, Agustinos y Jesuitas de todas partes y entre ellos muchos alemanes. El Padre Francisco Anguito fue el primero en descubrir que el Amazonas o Marañón, a pesar de su ilimitada anchura es un río y no un mar como se pensaba antes. Esto se lee en la obra titulada: "Varones ilustres de la Orden Franciscana". Él primer mapa geográfico del río Amazonas lo hizo el Jesuita alemán Samuel Fritz, que en el año 1689 hizo el recorrido desde el nacimiento del Marañón hasta su desembocadura. Si estos trabajos incansables y pacíficos de culturación de los misioneros no los hubiera destruido tan cruelmente el tiempo, no se encontrarían más salvajes en aquellas inmensas selvas, sino que en pequeñas ciudades y pueblos hubieran podido vivir tranquilamente con dignidad humana y adorar al Dios verdadero.

Para bajar desde el pueblo de San Francisco hasta la última colina de la cordillera de los Andes, se necesitan todavía dos o tres días de camino hay que hacerlo a pie o en las sillas que los indios llevan en la espalda. En la parte superior de los ríos

Putumayo y Caquetá hay varios pueblos muy pequeños habitados por 60 o 70 indígenas cristianos. Cuatro de ellos: San Diego, San José, Yoafotoro y Montepa situados en la parte superior del Putumayo forman una sola tribu llamada "Coca-Cañu o Siona", con sus propias costumbres e idioma.

A la prefectura apostólica del Caquetá, con los ya nombrados del valle de Sibundoy, pertenecen en total 23 caseríos indígenas cristianos con 12.000 almas. En los cinco más importantes viven siempre dos padres de los cuales uno casi permanentemente está trabajando en los pueblos vecinos. La sede de la prefectura apostólica es Mocoa, situada en la orilla del Putumayo en una región casi plana del lecho del Amazonas, en donde la temperatura media marca 20 grados. Anteriormente en tiempo de las colonias españolas, Mocoa era la capital de la región y un lugar de floreciente comercio donde vivían también numerosas familias de blancos: hoy sólo unos pocos de ellos viven todavía perdidos entre los indígenas. El número total de habitantes se ha reducido a 40 o 50 personas.

Florencia, la población principal, está situada a orillas del río Caquetá y al pie de la cordillera; de Mocoa a Florencia se gastan más o menos diez días por plena selva. Como se lee en el archivo eclesiástico de Popayán y Quito, esta región al principio pertenecía a los Franciscanos, pero también hay muchos indicios de que además de los Franciscanos había Dominicos, Agustinos y Jesuitas que por tiempos trabajaban allí.

La expulsión de los misioneros Jesuitas de las colonias españolas en 1777, por los masones, fue funesta no solamente para la floreciente misión de estos religiosos en Paraguay, sino que paralizó el trabajo misionero en toda la América del Sur. En el Putumayo y Caquetá se quedaron los misioneros Franciscanos todavía unos cuarenta años, pero ya no gozaron del mismo apoyo y libertad.

Desafortunadamente en esa misma época comenzó en Colombia la guerra de independencia de España, que obligó a los misioneros españoles a abandonar a los pobres indígenas, y así esta parte floreciente de esa porción de la viña del Señor volvió a su estado primitivo.

Después de la guerra de independencia que dio a las colonias la libertad, volvieron nuevamente misioneros valientes a aquella región, pero no pudieron sostenerse por mucho tiempo por los continuos cambios políticos; frecuentemente estuvieron al frente del Estado hombres que persiguieron a los misioneros en vez de ayudarlos. Por esta razón, aunque en la mitad del último siglo les habían entregado de nuevo esa misión a los Jesuitas, tuvieron que retirarse una vez más.

Muy bien se acuerdan los indígenas de los dos padres Jesuitas Joseph Laínez y Piquer que acompañados del Hermano La Plata, ejercieron su apostolado entre ellos con mucho entusiasmo y sacrificio. En el año 1849 el Padre J. Laínez apenas de 36 años murió víctima del excesivo trabajo que desarrolló en su labor misionera; su sepultura se encontró en Concepción, pueblo indígena a orillas del Putumayo donde hoy solamente se ve una avenida de palmas. Los indígenas de San José les mostraron a los misioneros Capuchinos una pequeña estatua de la Virgen que les había regalado el Padre Laínez.

El año 1885 fue un tiempo más favorable para los misioneros porque el gobierno de Colombia cayó por fin en manos de un mandatario católico. El Obispo de Pasto, bajo cuya jurisdicción estaba todavía el Putumayo, envió de tiempo, en tiempo religiosos y sacerdotes seculares, pero estos iban solamente hasta Mocoa.

En el año 1895 los Capuchinos catalanes que estaban en Pasto se compadecieron de los abandonados indígenas y les enviaron algunos misioneros, quienes fundaron varios conventos cada uno con dos padres. Por fin, en 1905 la Santa Iglesia erigió esta misión como Prefectura Apostólica y nombró Prefecto al Capuchino español, fray Fidel de Montclar, un piadoso y al mismo tiempo activo misionero, que tan pronto como le fue posible, se interesó en ganar para el redil de Cristo a miles y miles de indígenas. Muy pronto trajo de España nuevos misioneros, y con ellos pudo llegar hasta muy cerca de las regiones habitadas por indios caníbales.

El resultado del trabajo misionero de los Capuchinos se vio después de poco tiempo. Emprendieron 15 expediciones apostólicas en todas las direcciones y visitaron las tribus más

salvajes. Muy importante fue la que hizo en 1906 el Padre Jacinto de Quito, en compañía de dos hermanos Capuchinos: ésta duró 7 meses y medio.

7. LOS CANÍBALES DEL MARAÑÓN

Los viajes de exploración de los valientes Capuchinos les proporcionaron material interesante sobre la vida de los indígenas salvajes de la región del Marañón. Según indicaciones del Padre Jacinto, ellos vivían entre los dos grandes afluentes del Caquetá y del Putumayo, comúnmente llevaban el nombre Huitotos o Guitotos. Su idioma no tiene ningún parecido ni con el Coche, ni con el Inca, ni con el Coca-Cañu. Los Huitotos se dividían en unas 50 tribus pequeñas independientes las unas de las otras y con frecuencia peleaban entre sí. Los misioneros estiman que son en total unos 50.000, pero según otras indicaciones debían ser 100.000 hasta 200.000. Ellos construyen casas extraordinariamente grandes donde viven 20 y hasta 30 familias y a veces toda la tribu; en las fiestas, el interior parece un sitio de mercado en el cual se reúnen hasta mil indígenas para hablar y beber. Las habitaciones son circulares en la base y terminan en forma de cono. Como están cubiertas con paja o con hojas largas y secas desde la parte superior hasta la base, de lejos parecen un enorme montón de paja. Desde afuera no se ven puertas ni ventanas, sin embargo, hay tantas puertas como familias y además una entrada especial para los visitantes, la cual una vez cerrada no se ve fácilmente desde afuera.

Cuando ya el ojo del visitante se acostumbra a la oscuridad de la choza llena de humo, le parece haber sido trasladado a una cueva de asesinos. Produce espanto ver los pálidos cráneos que desde la punta de unos palos sonríen sarcásticamente, y ¿qué decir de la aglomeración de figuras salvajes que rodean totalmente al visitante y que con risa burlona parecen hacerle mil preguntas que él no entiende? Se necesita una fuerte dosis de sangre fría para no huir rápidamente.

En cada casa hay hamacas extendidas en todas las direcciones y de todos los tamaños: hasta cuatro o cinco, una encima de la otra porque cada indígena tiene la suya. No hay divisiones entre las habitaciones solamente postes aislados forman el límite entre

las familias. Por las noches cada familia se sienta alrededor de un fogón que encienden en el suelo entre piedras y frente a su entrada, de tal manera que todos forman casi una circunferencia. De noche a una hora determinada cuando el mayor de la tribu da una señal todos los fogones tienen que apagarse; luego entonan un horripilante canto antes de irse a dormir. A los difuntos los entierran en la casa de la tribu, y cuando ya se han enterrado muchos muertos, abandonan esa casa y construyen otra, a no ser que por otras razones la hayan construido antes.

Estos salvajes son pueblos nómadas es decir que van de un lugar a otro; viven de la pesca y de la caza; en la selva también encuentran algunas plantas que pueden comer. Cuando no tienen nada mejor comen carne de tigre, monos, culebras, ratas, sapos, cocodrilos; pero lo que más les gusta es la carne humana. Para conseguir ésta, su comida preferida, pelean contra tribus más débiles. Pocas veces se encuentran tribus que cultiven la tierra.

Como armas tienen flechas o lanzas hechas de una madera dura y la punta la untan de un veneno mortífero "curare" que lo preparan de una planta que tiene el mismo nombre. Aunque sean pequeñas las llagas que producen estas flechas adormecen inmediatamente todo el cuerpo y rápidamente causan la muerte. En la loma Simacunti, que se encuentra al pie del Putumayo, abundan estas plantas venenosas.

Para convocar a la guerra llaman con el maguaré que es un instrumento de resonancia; al tocarlo con un martillo de caucho produce un tono bajo, ronco y retumbante, que puede ser escuchado hasta una distancia de 4 a 5 millas. También en otras fiestas y bailes, el maguaré tiene un significado especial para los indígenas.

En la guerra estos indígenas buscan matar primero al jefe enemigo, herirlo o tomarlo preso, porque entonces casi siempre los otros guerreros emprenden la fuga. A los presos se los comen; pero antes hacen con ellos actos diabólicos tales, que la pluma se resiste a escribir, y estos así maltratados no dejan salir ni una queja, para no aumentar la alegría del vencedor. Los cráneos de las víctimas los cuelgan como trofeos en las casas, o fuera de las casas en postes, y con sus dientes el vencedor

fabrica una cadena.

En algunas de estas tribus caníbales existe todavía la costumbre de sacrificar a uno de la misma tribu cuando hace tiempo no han podido disfrutar de carne humana. Al desgraciado que escogen para matar, le dan tres días para que pueda estar escondido en la selva, luego sale toda la tribu a buscarlo. Cuando lo encuentran, y casi siempre lo encuentran, lo matan de la manera más cruel y se lo comen; hasta los mismos parientes toman parte en este acto tan salvaje. Ellos mismos denominan esta monstruosa costumbre “El juego del tigre”.

Los caníbales han hecho desaparecer en sus estómagos a muchos comerciantes que ellos no aceptaban. Una angustia tremenda soportó una vez el Padre Jacinto en una de estas tribus: la de los Fahajans. La mayor parte de ellos parecía que nunca habían visto a un misionero; apenas entró a la casa todos los hombres y mujeres salieron de las hamacas y corrieron hacia él; con la más grande curiosidad lo miraron, algunos le tocaron los anteojos, otros la barba, otros la cara, algunos el hábito etc. La mujer del cacique le tocó las piernas y riéndose se las mostró a los otros gritando: mare, mare, lo que significa apetitoso. Al Padre le bajó un sudor helado por la espalda, pero el cacique habló fuertemente a la mujer; el Padre escuchó varias veces la palabra “jusinamun” que quiere decir mensajero de Dios; más tarde preguntaron a un cacique por qué hasta ahora no se habían comido a ningún misionero y él contestó riéndose que a los “jusinamu” no se los puede comer, porque si no todos los indígenas deben morir. Ellos creen, a pesar de su salvajismo aunque de una manera no muy clara, en un ser invisible, poderoso que premia lo bueno y castiga lo malo. De este ser también viene todo lo bueno, en cambio la enfermedad, las plagas, el poco éxito en la caza, lo atribuyen al espíritu malo: Taife, al cual ellos tienen mucho miedo. También creen en un lugar de perpetuo sufrimiento y en otro donde reina la perpetua alegría, donde viven con buena salud, buena caza y buena pesca; este lugar lo llaman Mona (cielo). Estas creencias religiosas mezcladas con agüeros las aprovecha el misionero con éxito para lograr su conversión.

El obstáculo más grande para los misioneros son los brujos que

los hay en todas las tribus y aun entre los que son ya medio cristianos; forman un grupo que sólo los más fuertes de la tribu los pueden vencer. Estos van un tiempo donde algún brujo renombrado de una tribu vecina para que les enseñe los misterios de la brujería.

Los indígenas huitotos hacen todo lo que los brujos desean y les muestran confianza solamente para que no les hagan ningún daño. Lo que en realidad sienten y piensan se ve cuando un brujo muere. Entonces hay gran alegría en la tribu; le preparan la sepultura dos o tres veces más profunda que las de los demás y pisán fuertemente la tierra para que ese odiado brujo no pueda salir; después bailan y beben. Ciertamente no hay ninguna manifestación de tristeza.

Especial es la manera de proceder de los huitotos que quieren casarse. Cuando un joven ha encontrado a la mujer con la que desea vivir, que debe ser siempre de otra tribu, va a la casa donde tiene su habitación la joven y cuelga una bolsita de coca del poste alrededor del cual los mayores de la tribu tienen su consejo de guerra o de paz, y sin decir palabra sale otra vez. Todos los habitantes de esa casa saben perfectamente de que se trata. Por la noche se reúnen los mayores de la tribu con el padre de la niña para estudiar el asunto; éste después de considerar los pro y los contra, se pone de pie y toma la bolsita de coca del poste lo que significa que acepta la petición del joven. Después de ocho días vuelve el joven a la puerta de la casa, mira el poste sin decir nada y cuando no ve la bolsita se llena de alegría, se le suelta la lengua y como loco baila por toda la casa, saluda cariñosamente a todos los habitantes y los abraza; entonces tiene que servir durante algún tiempo al futuro suegro y apenas después puede llevar su novia a su propia tribu donde se hace una gran fiesta de matrimonio. Pero si el joven ansioso de casarse, al volver a esta tribu ve la bolsita de coca colgada en el poste, triste y furioso se va para buscar su suerte en otra tribu.

Poligamia y concubinato se ve sólo por excepción entre los huitotos a causa de su pobreza: pero los comerciantes blancos que viven en la cercanía dan en este aspecto ejemplo muy negativo, lo que constituye para los misioneros una gran preocupación.

Triste es la suerte de los niños huérfanos entre estos salvajes. Se desprecian de ellos y muchas veces los llevan a la selva donde mueren de hambre o se los comen los animales salvajes. Un comerciante de caucho, amigo del Padre Jacinto, encontró una vez dos pequeños hermanitos próximos a morir de hambre: todavía pudo salvar a estos pobres niños y los hizo educar cristianamente. También la suerte de los indígenas ancianos es muy dolorosa: no pocas veces sus propios hijos los asesinan para librarse de ellos. El cacique de los Fahajenes, por ejemplo cuya mujer tenía tantos deseos de comerse al Padre Jacinto, en un ataque de ira, cogió del pelo a su anciano padre y lo hizo girar hasta que mareado el pobre cayó muerto al suelo, y esto solamente porque le mandó a moler coca: él mismo lo explicó al misionero.

Que estos indígenas, hombres y mujeres, anden casi desnudos se debe más bien a su pobreza que a su salvajismo y malas costumbres, según lo explicaron los misioneros. Los mismos caníbales no desprecian el pudor natural que el Creador ha puesto en el hombre: porque tan pronto como ellos reciben un pedazo de tela de un comerciante o de un misionero, cubren su desnudez. El siguiente suceso afirma lo arriba mencionado. En la tribu de los Merecienes, felizmente el Padre logró que los indígenas le trajeran los niños pequeños, entre los cuales había epidemia de viruela negra, para él bautizarlos. A una señal del macurá, debían venir las mujeres indígenas con sus hijos pero sólo llegaban de seis en seis y siempre estaban cubiertas con una tela que envolvían de la cintura para abajo. Cuando el Padre preguntó por qué no venían todas juntas se dio cuenta de que en toda la tribu solamente seis mujeres tenían esas telas y se las prestaban entre sí. Un misionero se las había regalado en tiempos anteriores.

Da pesar que todas estas tribus fuertes de indígenas se vayan a extinguir si no se hace pronto una constante labor misionera entre ellos; ésta es la opinión de todos los que tratan con los misioneros. El Padre Basilio Capuchino, que en 1900 visitó varias tribus durante once meses y conoció unas 20, calculó el número de los indígenas en unos 100.000, en cambio el Padre Jacinto cree que a los sumo habrá unos 50.000; dos comerciantes de caucho que hace varios años están en esta región y se ganaron la

confianza de los salvajes son también de esta misma opinión; ellos afirman que especialmente en los últimos años ha bajado mucho el número de indígenas. Hay muchas causas de esta triste situación, siendo la principal la corrupción de los salvajes, su vida caníbal parecida a la de los animales y las muchas guerras entre ellos y contra los blancos. El comerciante de caucho que obra sin conciencia es la causa principal del exterminio de la raza de estos indígenas. Como en los últimos decenios el caucho ha subido tanto de precio y la región del Amazonas tiene todavía esa riqueza natural en enormes cantidades y de la mejor calidad, siempre llega de todo el mundo gente sin escrúpulo entre la que se encuentra toda clase de malhechores y aventureros. En los almacenes de Brasil y Perú especialmente en Iquitos, al pie del Amazonas, consiguen alimentos, armas y objetos que cambian a los indígenas por caucho.

Generalmente, cuando aparecen indígenas que consideran sus enemigos los fusilan. Es de compadecer a los indios de buena voluntad que se dejan engañar con los objetos de trueque, porque quedan para siempre sometidos a una esclavitud afrentosa; para pagar lo poco que hayan adquirido deben entregar una carga tras otra de caucho sin que tengan esperanza de salir de la deuda: el blanco, como un parásito, no los suelta de sus garras y si el indígena muere, entonces su mujer y sus hijos deben continuar entregándoles caucho.

Cuando dos tribus de indígenas están en guerra, los comerciantes sin conciencia aprovechan esta circunstancia para su beneficio y ayudan a una de las tribus para acabar con la tribu enemiga o desterrarla, y la vencedora queda para siempre obligada a pagarles tributo.

Hasta verdadera caza de esclavos hacen estos modernos salvajes. Hace poco que subió por el río Putumayo un pequeño grupo de comerciantes con objetos de trueque. Ellos hicieron buenos negocios: repentinamente el buque empezó a alejarse con una cantidad de indígenas, especialmente mujeres y niños que por curiosidad habían subido a la embarcación; nunca se supo más de estas gentes que ellos se robaron; lo más probable es que los hayan vendido como esclavos en el Brasil. Un indígena de la tribu Nasotoaró que perdió en esta forma a su mujer y a un

hijito contó este hecho al Padre Jacinto. Pero muchos de estos ambiciosos y atroces hombres reciben en la selva el castigo merecido: muchos, con alta fiebre mueren abandonados; otros, picados por las serpientes que aquí las hay enormes y muy venenosas o también los devoran los animales salvajes; otros se ahogan en los ríos que en un dos por tres crecen enormemente. Hace unos años que sesenta de los explotadores de caucho fueron sorprendidos de repente y comidos por una tribu de indígenas. Sin embargo, excepcionalmente, entre los comerciantes blancos hay algunos que son muy justos con los indígenas, los tratan muy bien y son un apoyo muy grande para los misioneros.

8. REGRESO A TÚQUERRES

El regreso de Santiago a Túquerres lo hice por el páramo. Juan y Pedro, dos fuertes jóvenes indígenas, se me ofrecieron para acompañarme y servirme de cargueros. Ellos alababan con tanta insistencia y en todos los tonos las ventajas del camino por donde normalmente transitan los indios y que ellos conocen muy bien, que yo por fin y por curiosidad, lastimosamente acepté emprender por allí el regreso.

Una tarde me despedí de las Hermanas y de los misioneros y montando a caballo hora y media hasta el pie de la alta cordillera del oriente pernocté en una choza de un buen indígena. Al día siguiente hubiera querido pernoctar en Pasto o por lo menos en el pueblo La Laguna pero resultó distinto. Al amanecer salimos avanzando rápidamente porque en un lugar determinado habíamos dejado los caballos. Desde el momento en que seguimos a pie teníamos que subir una montaña muy alta y pendiente; para poderla escalar los indígenas hicieron con palos una escalera pero muy separados los peldaños. Después de 4 horas, bañados en sudor, apenas alcanzábamos la parte superior de la escalera y desde allí continuamos por una zanja que subía hasta la cumbre de la montaña.

Para descansar un poco utilicé la silla que llevaba a la espalda uno de los indígenas pero con tan mala suerte que de repente, con un tronco que atravesaba el camino recibí un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza y casi pierdo el conocimiento; el

carguero apenas se dio cuenta cuando yo grité del dolor. Con gusto iba otra vez a pie. Los otros compañeros se habían quedado atrás en una curva del camino. Finalmente, después de dos horas estábamos a una altura de 1.000 metros. Delante de nosotros se extendía un páramo muy quebrado, de suelo cenagoso, con arbustos bajitos, con hierba alta y enormes frailejones. No encontramos ni un pájaro, ni ningún otro animal, solamente pasaban de largo algunos indígenas que llevaban pesadas cargas y saludaban diciendo: "capari puangu" que quiere decir, buenos días.

Un viento helado nos obligó a adelantar rápidamente, y por desgracia nos cercaban oscuras y bajas nubes; pronto nos sorprendió una lluvia torrencial y una fuerte granizada. ¿Qué hubiera sido de nosotros si esta lluvia nos hubiera alcanzado cuando teníamos que escalar la montaña. Corrimos hacia adelante hundiéndonos hasta las rodillas en las profundas ciénagas, atravesando riachuelos y deslizándonos en los lodazales: no descansamos ni siquiera para comer. Silenciosamente ayudaba uno al otro, y callados seguimos adelante: un sólo pensamiento nos absorbía a todos: "en esta pavorosa altiplanicie no nos puede alcanzar la noche." En el fondo de mi corazón agradecía a Dios el no haber venido por este camino con las religiosas misioneras como lo querían los indios.

Admirado y conmovido pensaba en los muchos mensajeros de la fe que después de haber dejado su patria y su familia y de haber sufrido ya tanto en el viaje por mar, muy incómodo en aquel tiempo, tenían que hacer aquí sacrificios aún más grandes. De los caminos por tierra y por agua todo lo que se diga y escriba es poco. Así por ejemplo, desde Mocoa hasta llegar a donde los indígenas huitotos debe viajar el misionero tres semanas bajando, en una canoa estrecha y frágil, por la corriente del río. ¿Dónde duerme en este viaje...? ¿cómo se protege contra las serpientes y demás fieras de la selva... contra los miles de mosquitos que no lo dejan en paz ni un momento... y contra la fiebre?

El regreso contra corriente dura por lo menos seis semanas. Estas consideraciones me dieron otra vez ánimo ya que al anochecer estábamos todavía en esta región de frailejones, señal de que en este día no llegaríamos al pueblo La Laguna,

porque nuestras piernas se resistían a caminar y la lluvia caía inmisericorde sobre nosotros; pedí a Juan, conocedor de esta región que nos llevara a la próxima choza. El indígena Pedro que cargaba el cajón en el que yo tenía la ropa seca estaba muy atrás con su mujer. Media hora todavía teníamos que bajar la montaña, no faltaron caídas que nos hicieron sentar involuntariamente sobre el lodazal; por fin hacia las siete de la noche encontramos una cariñosa acogida en una pobre choza de indígenas. Habíamos salido a la cinco de la mañana. El buen Juan tuvo que regresar un gran trecho para indicar a nuestro compañero Pedro, el lugar en el cual estábamos hospedados; mientras tanto atizamos el fuego y de sus llamas pudimos recibir el agradable y confortante calor.

Con una buena sopa de papas condimentada con una alegre conversación en la cual cada uno quería ser el héroe del día nos olvidamos de los sufrimientos y de las fatigas que tuvimos que pasar. No tuvimos que buscar por mucho tiempo lugar para acostarnos porque nuestro lecho era la desnuda tierra. Nos acomodamos junto al fuego, el cual alimentaron todavía con algunas raíces nudosas para que no se apagara, y así después de una corta oración dormimos dulcemente.

Al desaparecer la neblina que estaba sobre el valle, el firmamento nos volvió a sonreír dejando ver los primeros rayos del sol, entonces pudimos contemplar en la hondonada el pueblo de La Laguna a donde llegamos después de caminar una hora. El caballo que me tenían listo me llevó en dos horas a Pasto. Los indígenas me seguían lentamente.

Después de descansar allí dos días y haber cuidado un poco mis piernas que estaban llenas de espinas de los cactus, continué cabalgando otros dos días hasta llegar a Túquerres, con la satisfacción de haber contribuido un poquito a la gloria de Dios y a la salvación de las almas inmortales.

Para completar este relato del Rvdo. Padre Herbrand.

Hace poco acompañé otra vez a cuatro Franciscanas a la misión de indígenas del Caquetá. Esta vez el viaje parecía un verdadero paseo.

A las 9 de la mañana salimos de Pasto a caballo y a las 5 de la tarde ya habíamos llegado a Santiago aunque en el viaje habíamos descansado una hora. De la silla de carga, de las ciénagas y demás dificultades y peligros no existía ya nada. El espíritu incansable de sacrificio de los Padres Capuchinos que tenían el apoyo material y moral del gobierno católico y sobre todo de los Obispos de Colombia, logró hacer un camino de 3 metros de ancho desde la altiplanicie a la región de la misión. Antes de finalizar el año terminarán las 300 millas hasta llegar a Mocoa que queda al oeste de la cordillera de los Andes. Este camino, con un buen caballo, se puede hacer ahora en dos días y medio, mientras que antes cuando iba muy bien se lo hacía en ocho días y esto entre grandes penalidades y hasta con peligro de muerte.

¿Cómo llegó tan de repente para la misión este favorable cambio? Yo lo atribuyo a una especial Providencia Divina porque nunca Colombia hubiera podido dar una ayuda suficiente y continua a los pueblos indígenas y a esta región tan grande del Amazonas, porque las continuas guerras civiles acabaron con las contribuciones necesarias para estas obras.

Cuando estaba el país bajo Gobiernos enemigos de la Iglesia la misión no podía esperar sino persecuciones: y cuando el partido católico llegó al poder tenía que pensar primero en curar las heridas que se habían producido durante las contiendas entre los partidos y además estar siempre listo para luchar contra los masones que nunca se contentaron con tener sólo una parte en el gobierno; ellos querían conquistar el poder y para ello empleaban aún los más perversos medios para conseguirlo. Esta triste historia en casi toda la América del Sur, es testigo de lo arriba mencionado. Por eso la Iglesia estaba siempre sola en la evangelización de los indígenas. En la última década el gobierno católico de Colombia, a pesar de que su economía no era muy buena, dio a los misioneros una ayuda pero ésta era insuficiente para dar un empuje fuerte a las misiones.

En el año 1911 se levantó un grito de protesta por toda Colombia. Los peruanos que en el oriente del Ecuador hacían lo que querían, cayeron sobre la pequeña estación de Aduana Colombiana en la Pedrera, al pie del Putumayo. El valiente ejército opuso mucha resistencia pero fue vencido por el

enemigo que era más fuerte. Por esta razón todo el pueblo colombiano declaró la guerra a Perú: entonces los peruanos devolvieron la estación de la Aduana y así el peligro de guerra estuvo por algún tiempo conjurado. Pero tarde o temprano el gobierno de Colombia tendrá que reclamar con las armas sus derechos sobre el Amazonas, porque las bandas armadas de los comerciantes y explotadores de caucho avanzan desde el Perú y no dejan de hacer sus asaltos y criminalidades contra los indígenas. Por esta causa Colombia apoya fuertemente a los misioneros para que abran caminos, funden colonias en aquella región y así un ataque posterior se pueda sofocar fácilmente.

Es así como en todos los asuntos y en las justas empresas de amor a la Patria, la Iglesia va en primera línea. Todos los Obispos de Colombia, animados por el Delegado Apostólico, fundaron en sus Diócesis comisiones y recogieron abundante limosna para apoyar la obras de la misión. Con astucia de parte del Estado, encargó a los misioneros el control de la apertura de los caminos; pues para abrir un kilómetro, el Gobierno invierte 9.000 francos, mientras que estos invierten sólo 3.000; así lo ha comprobado un ingeniero, con lo que desmiente a los muchos masones difamadores que dicen que los misioneros malgastan los dineros que se le confían.

Pronto subirán por los ríos Putumayo y Caquetá pequeñas embarcaciones provistas de cañones para proteger a los misioneros y a esta región colombiana; esto nos anima para tener una gran esperanza de que por lo menos en estos lugares se terminará con los ferores caníbales, y podrá avanzar fácilmente la civilización cristiana de los indígenas.

Para terminar; algunos apuntes orientativos sobre la historia y apostolado de aquella fundación del convento por la cual se cuenta este sacrificado viaje; éstos son escritos por la pluma de un amigo del Padre Herbrand.

En 1889 salieron 7 Hermanas Franciscanas del convento María Hilf en Altstätten, en el valle del Rhin Cantón SG, hacia Sud-América para dedicarse a la misión con los pobres indígenas y se establecieron primero en el Ecuador. Pero allá la vida estaba en

continua agitación por la revolución; los masones persiguieron a obispos, sacerdotes y religiosas y al fin lograron sacarlos a todos del país. Así las pobres Franciscanas también tuvieron que huir. Siete de ellas en compañía del Padre Gaspar de Cebrones, Capuchino español bajo la prudente dirección de la Rvda. Superiora Madre Caridad, viajaron hacia Túquerres, Colombia, donde fundaron un convento con la aprobación del Obispo de Pasto, Monseñor Manuel Caycedo. Dos años más tarde llegó el célebre Obispo de Portoviejo, Monseñor Pedro Schumacher (de Kerpen, Colonia), expulsado del Ecuador por los masones; sin nada y con vestidos rotos, llegó a Túquerres. Allá fue recibido con alegría por las Franciscanas; más tarde él escogió a Samaniego para vivir; en este lugar había mucha gente abandonada sin ninguna dirección cristiana. El Excmo. Obispo de Pasto le dio esta jurisdicción para su nuevo apostolado misionero. Con las limosnas de la gente buena, él pudo construir una casita que después de su muerte quedó para las Franciscanas quienes construyeron en ese lugar una escuela al lado del convento. Ellas tuvieron la suerte de acompañar a este heroico Obispo Misionero en su última enfermedad y hasta su muerte acaecida en 1902.

Tres años después de la fundación en Túquerres el Excmo. Señor Manuel Caycedo fue nombrado Arzobispo de Popayán; como sucesor en Pasto, llegó el santo monje Agustino Monseñor Ezequiel Moreno y Díaz, quien siempre tuvo muy buena voluntad a las Hermanas Franciscanas de Túquerres. En 1897 hizo una visita a aquel convento en compañía de Monseñor Schumacher y pidió a la Rvda. Madre Caridad que fundara una casa en Ipiales, que está a un día de distancia de Túquerres, fundación que se realizó en el mismo año y por deseo expreso del mismo Señor Obispo la Madre Caridad hizo las siguientes fundaciones: Samaniego (ya nombrado) Las Lajas, Pasto (sede episcopal) y Pupiales. El convento perdió un gran protector cuando el Obispo Moreno en 1906 se enfermó de cáncer en la garganta. Pero a la Hermanas les quedó el gran consuelo de cuidarlo en su larga enfermedad hasta que él decidió, por insinuación de los médicos, viajar a Valladolid, España, en donde después de dolorosas operaciones murió en olor de santidad.

Para el convento de Túquerres siempre fue una gran preocupación el poco número de Hermanas, motivo por el cual

no podía responder a las múltiples peticiones que le hacían para nuevas fundaciones. Por eso la Madre Caridad viajó a Suiza en el año 1908 y fundó en Tübach cerca de Rorschach una casa de formación llamada, Casa de San José, donde se recibía a las candidatas para que fueran probadas en su vocación; se les enseño el idioma español y en general se las preparó para la vida misionera. En esta casa florecieron abundantes vocaciones: en los últimos cuatro años han llegado al convento de Túquerres 50 jóvenes suizas. En octubre del mismo año 1908 se fundó en Santiago perteneciente a la Prefectura Apostólica del Caquetá. El indescriptible y penoso viaje de las Hermanas en compañía del Padre Herbrand y de Monseñor Fidel de Montclar, Prefecto Apostólico, se describió anteriormente. Hacía 15 años los Padres Capuchinos que trabajaban allá pidieron Hermanas para que les ayudaran en la misión pero no fue posible acceder a su petición por la escasez de personal. Finalmente la Madre Caridad no pudo resistir por más tiempo a los ruegos del Prefecto Apostólico y efectuó esa fundación.

Como sucesor del inolvidable Obispo Moreno, después de dos años de estar vacante la sede, fue nombrado Obispo de Pasto el Excmo. Señor Adolfo Perea; pero la Diócesis no pudo alegrarse por mucho tiempo con este buen Pastor porque él llegó a Pasto el domingo de ramos de 1909 y ya en febrero de 1911 se lo llevó al cementerio para su eterno descanso.

En su primer viaje de visita pastoral le empezó una afección incurable al corazón. Cuando visitó por primera vez el convento de Túquerres, las Franciscanas tuvieron que adaptar un salón de clase para enfermería; permaneció allí varias semanas entre la vida y la muerte. El médico le aconsejo que se trasladara a una finca en Consacá por tratarse de un clima más benigno. El Señor Obispo suplicó insistentemente a la Madre Caridad para que dos Hermanas pudieran acompañarlo; efectivamente dos Hermanas lo atendieron caritativamente hasta su muerte.

El Padre Herbrand que acababa de regresar de Europa trayendo varias vocaciones, fue informado de la gravedad del Señor Obispo; viajó apresuradamente a Consacá y llegó a tiempo para cerrar los ojos del Obispo moribundo. Para trasladar su cadáver a Pasto tuvo que hacer un triste y peligroso viaje de noche,

teniendo que subir a alturas hasta de 4.000 metros.

Cuando el Obispo Perea estaba enfermo en la Casa Madre de Túquerres, la Rvda. Madre Caridad recibió una carta del gobierno de Popayán y a la vez un telegrama del entonces Arzobispo Manuel Caycedo pidiendo que fundaran un colegio en Cartago. A esta insistente petición se contestó afirmativamente y en noviembre del mismo año emprendieron dos Hermanas un viaje de 15 días a caballo, para cubrir la distancia entre Túquerres y Cartago.

En el transcurso de 18 años se multiplicó de una manera maravillosa el pequeño convento de Túquerres; en 1910 contaba con las ocho siguientes filiales: Ipiales, Pupiales, Samaniego, Las Lajas, Pasto, Santiago en el Caquetá y Cartago de la Arquidiócesis de Popayán y la de San José en Tübach, Suiza, como casa de formación. En todas partes las Hermanas dirigen escuelas, colegios y normales. El número de las Hermanas subió de 7 a 90; enseña y educan por lo menos 2.000 alumnos que, sin la ayuda de las Hermanas, hubieran tenido que renunciar a su formación. También aquí resuenan aún las palabras de Jesús: "Grande es la cosecha y los obreros son pocos". Todavía se encuentran en aquellas regiones tan extensas, docenas de pueblos y miles de niños que espera poder recibir una educación cristiana.

Continuamente llegan al convento peticiones para nuevas fundaciones pero no es posible aceptarlas porque las Hermanas son pocas. Son escasas las vocaciones de las jóvenes del propio país, en parte porque la educación del pueblo es todavía deficiente y muchas veces la vida familiar es precaria, y en parte también porque el temperamento de la gente del sur tiene dificultad para acomodarse a la austerioridad de la vida religiosa; por eso la Comunidad se ve obligada a buscar continuamente vocaciones en los países de Europa, razón por la cual como ya se mencionó arriba, se organizó en Tübach la casa de formación. En cualquier tiempo allí encuentran acogida las jóvenes que tienen vocación, las aptitudes necesarias y espíritu de sacrificio para un apostolado tan hermoso como es trabajar por la extensión del Reino de Dios.

Por la relación anterior se ve claramente la bendición de Dios sobre este convento; se demuestra también que todo ha estado perfectamente organizado con la aprobación de la Iglesia; además la Institución ha ganado gran confianza tanto de parte de la jerarquía eclesiástica como del gobierno civil. Es digno de todo elogio el celo y sacrificio de las Hermanas Franciscanas para el desempeño del apostolado en bien de los pobres de este hermoso país.

CONTENIDO

I PARTE

Prólogo	1
Datos Biográficos	5
Misionero en el Ecuador	8
Persecución religiosa en el Ecuador	10
Túquerres - El Capellán	17
La revolución en Colombia	19
Manifiesto de gratitud	21
De América a Europa	23
Al servicio de la Diócesis	28
Guía Espiritual	32
Muerte del Padre Reinaldo	40
Testamento	49
Exhumación y traslado de sus restos mortales	50

II PARTE

Presentación.....	57
Una visita a los indígenas de la cordillera oriental de los Andes	58
De Túquerres a Pasto	58
En la ciudad Teológica	62
Hacia el límite de la civilización.....	66
En la selva	68
Los indígenas en Santiago	76
La región de las misiones en el Caquetá	85
Los caníbales del Marañón	88
Regreso a Túquerres	96
Complemento al relato del Padre Herbrand	98

Publicaciones
CASA GENERAL "ASÍS"
FRANCISCANAS DE MARÍA INMACULADA
Segunda Edición - Septiembre de 2013
Impresos Diseñarte - Tel.: 630 6314

**EL CAPELLÁN
PADRE REINALDO HERBRAND
1895 - 1929**